

LA MUERTE NO ENTRARA EN PALACIO  
*(tragedia en dos actos y cuatro cuadros)*

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**

Facultad de Humanidades  
UPR-RP

1306714

*Nada hay que el hombre no pueda conseguir;  
pero tiene que pagarlo.*

EMERSON

UNA PAREJA JUVENIL

OTRA INVITADA

EL COMISIONADO DEL NORTE

*Voces*

(En el orden en que se escuchan)

VOZ DE COQUI

UNA GRAN VOZ

*(que no surge del escenario como las otras, sino de la parte posterior del teatro, amplificada)*

VOZ DEL RUISEÑOR

VOZ DE EMPLEADA

VOZ DE EMPLEADO

VOZ DE SENORA

VOZ DE DON RODRIGO

VOZ DEL CAPITAN DE LA GUARDIA

VOZ DE OFICINISTA

CORO MASCULINO

CORO FEMENINO

*Música*

(en el orden en que se escucha)

MUSICA IRREAL

*("leit-motif" de uno de los subtemas de la obra, a utilizarle sólo cuando así se señala, calificada siempre en las indicaciones como "música irreal")*

DRAMATIES PERSONAE  
(en orden de aparición)

TERESIAS

CASANDRA

ALBERTO

DONA ISABEL

ANTONIO, criado

SECRETARIO

DON JOSÉ

CAMPESINOS: Don Ramón

El Mozo

Tres Hombres de Mediana Edad

Pascasia

Rosa

JEFE DE JUSTICIA

INVITADOS A LA RECEPCION

ALTOS FUNCIONARIOS DEL GOBIERNO

DOS CRIADOS

UNA INVITADA

UN INVITADO

UN ALTO FUNCIONARIO

## MUSICA DRAMATICA

(a utilizarse como transición de escenas en el Cuadro Segundo del Acto I y en el Cuadro Segundo del Acto III; también, al iniciarse el Cuadro Primero del Acto II, como transición al discurso de don José)

## MUSICA RELIGIOSA

(para la escena de Alberto Casandra del Segundo Cuadro del Acto II y, luego, como fondo a los Coros en esa escena y en la final)

VALS VIENES  
"BLUES"

Lugar: UNA ISLA

Época: ACTUAL

(Izquierda y derecha del actor)

## ACTO I

## CUADRO PRIMERO

*Es de noche. Se vislumbra un parque iluminado a trechos por la luna. A la derecha, surgen en silueta estructuras que sugieren ruinas de un palacio. En el centro, tras una balaustrada, se alzan grandes árboles cuyos troncos están cubiertos de yedra y lianas salvajes. A la izquierda, hacia el fondo, se yergue una estatua de mármol sobre pedestal de granito. Al descenderse el telón, la luna ilumina el mar, entrevisto allá, en el horizonte. Lo demás sólo es sombra excepto cuando algún cocuyo deja en una piedra o una hoja, su rastro de luz.*

*De la entraña de la espesura, salpicada de rocío y luciérnagas, surge la nota cristalina del coquí; monótona en su musicalidad: co-qui; repetida en el tiempo y el espacio: co-qui; invariable en el ayer, el hoy, el mañana: co-qui conciencia implacable de lo precedero: co-qui; voz omnis-*

ciente de lo eterno: co-qui. Y de la atmósfera como de cosa soñada que envuelve la escena, baja hacia la tierra una música difusa, vaga, irreal.

Cuando muestras pupilas se han adaptado a la penumbra como para captar lo poco o mucho que el cuadro sugiera, y cuando nuestros oídos se han empapado de la música vaga, imprecisa, y muestra conciencia empieza a angustiarse con la nota sempiterna del coqui, se oye UNA GRAN VOZ (voz que sale de todas partes y de ninguna, que lo envuelve y lo penetra todo) diciendo:

UNA GRAN VOZ—Así ves tú el cuadro, Teresias. Así lo ves.

Al extinguirse la Voz, un rayo tenue de luna se escurre por el follaje y va a herir la estatua: talla en mármol de una mujer joven vestida con túnica que puede ser antigua o moderna, de cualquier época; gesto altivo, ojos alucinados, el brazo derecho en alto como sorprendido en el instante de asestar un golpe, el izquierdo tenso a lo largo del cuerpo, la mano agarrando crispada un paño que no es parte de las vestiduras y que bien podría ser un pabellón, una bandera, una capa, quitás.

UNA GRAN VOZ—Así ves tú a Casandra, Teresias. Así la ves.

Ahora, de espaldas y en silueta, puede verse la figura de TERESIAS apoyado en un bastón. Está en primer término, un poco a la derecha, observando la estatua. TERESIAS se quita los espeje-

los, saca un pañuelo y limpia los cristales. Se vuelve lentamente. Con paso trabajoso se acerca más a primer término. Sus ojos miopes escudriñan penosamente la masa de cabezas y conciencias que formamos ante él, mientras sus dedos siguen, automáticamente, limpiando los cristales. Un rayo de luz rosada ha empezado a iluminar su rostro. Es un hombre de alrededor de sesentiocho años. El cabello canoso, la barba, el bigote y el bastón, parecen añadir edad a su figura. Pero, como compensación, su cuis terso y pálido, que se enciende ligeramente en los pómulos y la frente, tiene una frescura casi juvenil. Y sus grandes ojos miopes, al abrirse totalmente, miran al modo que lo hacen los niños cuando descubren mundos que están más allá de la realidad circundante. Y su sonrisa rara vez es amarga. No lo es siquiera en aquellas ocasiones en que sus labios pronuncian palabras desoladas. Su voz, llena, cálida y bellamente modulada, puede ser densamente grave o jovialmente amable.

Tras de él el cuadro sigue inalterado: la luna rielando en el mar lejano, las ruinas y los árboles en silueta, el rayo tenue sobre la estatua de mármol, las luciérnagas, el coqui, la música irreal que baja blandamente sobre la tierra húmeda...

TERESIAS—Así veo el cuadro. Así veo yo a Casandra. (Pausa) No ha sucedido. Pero sucederá. (El tono se hace ahora más familiar, más íntimo) Es curioso. Es curioso observar cómo los hom-

bres, inmersos en la realidad pequeñita de cada día, se olvidan del tiempo. El tiempo que fluye para convertirse en Historia. Causa un no sé qué, zozobra acaso, observar cómo los seres se obcecaban en la brega diaria, cómo escudriñan tan de cerca las cosas tangibles, cómo pierden con ello toda noción de la perspectiva que el tiempo dará a la realidad operante del hoy. (*Sonriendo*) ¡Quién sabe! Quizá sea necesario mantener a distancia razonable los detalles de la realidad que vivimos. Quizá no ver demasiado pueda ser una virtud. (*Guardando los espejuelos en el bolsillo superior de su chaqueta*) Vamos, que quizá la miopía no sea un mal tan molesto como lo solemos creer. (*Dando unos pasos hacia la derecha*) Entonces podríamos admitir que un palacio estremecido de febril actividad pueda algún día convertirse en ruina, que un jardín rebosante de sol y vida, de risa, y canto de ruiseñores, pueda tornarse en parque sombrío, monumento de un pueblo que ha vivido su drama; y que una muchacha alegre y confiada, sin el fuego de las grandes pasiones, sin conciencia histórica alguna, pueda merecer pedestal de granito que sostenga en alto su figura esculpida en mármol. (*Sonriendo*) ¡Es el tiempo que fluye para convertirse en Historia! (*Precipitadamente*) Pero no, no se me entienda mal. (*Se adelanta más a primer término*) Es preciso aclarar. (*Vuelve a sonreír, como excusándose*) Nosotros nos pasamos la vida aclarando lo que deci-

mos. Quizá porque los demás se pasan la vida entendiendo mal nuestras palabras. (*Escudriña al público con sus ojos miopes*) Es una lástima, porque, ¿saben ustedes?, con ello se pierde la esencia misma de la Poesía. (*Se lleva la mano a la frente*) Pero no divaguemos. Sólo quería decirles que esa transfiguración de la realidad que llamamos Historia no es precisamente algo improvisado o arbitrario. Está en la entraña misma de los actos del hombre. (*Señalando al cuadro tras de sí*) Para que la realidad se convierta en esto, es preciso que alguien, consciente o inconscientemente, infrinja el orden moral del universo. Para que Casandra se convierta en mármol, es preciso que el equilibrio moral se haya roto mucho antes de que ella realice el acto histórico. (*Sonríe amablemente*) ¿Hay algún historiador en el público? (*Pausa breve*) ¿Concibe usted, amigo mío, la Historia en un mundo donde el orden moral se mantenga inalterado? (*Pausa breve*) Sí, comprendo su punto de vista. Pero la raíz trágica de la Historia no es mera licencia poética de Sófocles o de Shakespeare. ¿Me permite, por lo tanto, que traiga, en la carne y la sangre de seres muy humanos, muy corrientes, sin estatura heroica alguna, la explicación de este cuadro que mí... miopía me permite percibir?

(*Empieza a oscurecerse la figura de TERESIAS y languidece el rayo de luna so-*

*bre la estatua de CASANDRA. Se va atenuando la luz plateada del fondo y se desvanecen lentamente los sonidos.)*

No. No ha sucedido aún. Pero sucederá. No es mañana aún. Es sólo hoy. La muerte no entrará en Palacio. El parque sombrío es un jardín alegre. Y Casandra no es mármol tallado sobre un pedestal de granito, sino la chiquilla que vive, y canta, y ríe.

*(La escena ha quedado totalmente a oscuras. Sobre las últimas palabras de TERESIAS y de la música irreal, que no se ha desvanecido del todo, se oye la risa de CASANDRA. A medida que aumenta la risa empieza a iluminarse normalmente la escena con viva luz mananera. TERESIAS y la estatua han desaparecido. El parque sombrío se va tornando en jardín alegre y bien cuidado, cuyos árboles están libres de yedra y lianas. Hay al fondo una espléndida vista a un mar de azul intenso. La estructura del palacio se yergue a la derecha, proyectándose un tanto hacia la escena. Una amplia puerta vidriera se abre sobre una terraza pequeña e íntima de forma circular que está a un nivel más alto que la otra terraza cuya baranda cruza al fondo de izquierda a derecha. Esta segunda terraza está a su vez un escalón*

más alta que el primer término de la escena. Una escalera de mármol une la pequeña terraza circular con la terraza más amplia. Se advierte que el jardín del fondo, tras la baranda, baja en niveles escalonados hasta las viejas murallas cuyos cimientos ha batido el mar durante siglos. Tras la balaustrada del fondo, un poco hacia la izquierda, se yergue una ceiba centenaria. En la terraza circular de la derecha hay muebles de hierro forjado: una mesa redonda, sillas, butacas y una pequeña mesa sobre ruedas repleta de libros. En la terraza amplia hay varios bancos de piedra y, cerca de la ceiba, a su sombra, un par de sillas plegadizas de jardín. A la izquierda, primer término, parte un camino enarreado que conduce a una de las entradas principales de los terrenos palaciegos. A la derecha, primer término, hay una recia puerta de ausubo que conduce a un subterráneo, pero que ahora está condenada.

*La terraza circular de la derecha ha quedado, de primera intención, más intensamente iluminada que el resto de la escena. En ella aparece CASANDRA sentada. CASANDRA tiene diecisiete o dieciocho años. Viste de blanco: pantaloncitos cortos y*

sencilla blusa de deporte; zapatos blancos de goma y medias cortas azules. Lleva atado al cuello un pañuelo de seda azul y echada sobre los hombros una capa blanca de toalla. Sobre sus rodillas descansa una raqueta de "tennis". Ríe alegremente. ALBERTO está de espaldas sirviéndose un ron con soda frente a la mesita de los licores. Tiene veinticuatro años. Viste pantalón gris y camiseta de deporte blanca, muy ceñida.)

ALBERTO—(Volviéndose a medias) ¡Eres imposible!

CASANDRA—(Riendo) Pero Alberto, si tienes cosas de niño. ¡A quién se le ocurre!

ALBERTO—Se le ocurre a cualquiera con sentido común.

CASANDRA—No tienes la menor idea de lo que es sentido común. Si la tuvieras, sabrías que ser hija del gobernador no significa nada.

ALBERTO—No es eso. No es a tu posición a la que me refiero. Es a la mía.

CASANDRA—(Seria ya) El puesto de Ayudante Militar de Palacio me parece una posición muy respetable.

ALBERTO—¿A quién tratas de engañar? Sabes tan bien como yo que es una farsa.

CASANDRA—(Severa) ¿Quieres decir que todo aquí es una farsa?

ALBERTO—(Impaciente) No. No. No es eso. Hablo de mí, de mis ridículos uniformes, de mi posición de soldado de chocolate. ¿Qué sentido puede tener un Ayudante Militar en un país sin ejército propio?

CASANDRA—Tenemos Guardia Nacional, ¿no?

ALBERTO—Chiquita, la Guardia Nacional no pasa de ser eso. ¡No es un ejército!

CASANDRA—(Levantándose) Está bien, está bien. No tenemos ejército. Después de todo, ¿para qué lo queríamos? Ahí tenemos al ejército del Norte listo a defendernos si llegara la ocasión. (Acercándose a él) Pero Alberto, tú cumples una misión en palacio.

ALBERTO—Sí, la de ayudar a mantener la "fachada".

CASANDRA—(Riendo) Lo hacemos todos. ¿Te fijas en la pobre mamá cuando se pone de largo y muy tiesa, muy tiesa, tiene que recibir a la gente en las recepciones oficiales? ¡Y cómo le reventan a la pobrecita las recepciones oficiales! ¡Ya ves! Y ella ni siquiera ocupa un cargo oficial en palacio.

ALBERTO—Es distinto.

CASANDRA—Naturalmente que es distinto. Ella es la esposa. Pero tú, Alberto, eres el hijo del que fue su amigo. Papá te quiere y confía en ti. ¿Puedes culparlo si no te ve como un cargo oficial y sí como a un ser humano?

ALBERTO—Lo sé. Y lo agradezco. Pero ello no



me impide sentirme... inútil a su lado. Casandra, si yo hubiese ejercido mi carrera, si por complacer a mi padre no hubiese aceptado este puesto en palacio...

CASANDRA—Quizá no nos hubiésemos conocido.

ALBERTO—Es cierto. Pero si te hubiese conocido en esas circunstancias, (*Abrazándola*) ¡qué libre y feliz me sentiría al decirte que te quiero!

CASANDRA—Alberto, Alberto, no seas injusto con nuestro amor. Sólo por él somos felices. Dime que quieres llevarlo lejos de todo esto e iré contigo.

ALBERTO—¿Serías capaz?

CASANDRA—No estamos prisioneros en palacio. Puedes renunciar tu puesto cuando quieras. Somos libres. Nadie nos impide ser felices. Mamá no, ciertamente. Y papá... Bueno, ella lo vencería. ¿Quieres? (*El la besa apasionadamente*) Pero amor mío, me darás tiempo, ¿no es cierto? Tiempo para hablar con mamá. Y sobre todo para preparar a papá. Él cree que al casarnos nada cambiará, que nos quedaremos aquí junto a él. Es preciso que el pobre se vaya acostumbrando a la idea de que va... a perdernos.

ALBERTO—(*Abrazándola estrechamente*) Eres maravillosa.

CASANDRA—(*Desprendiéndose a medias*) Yo no, la vida es maravillosa. (*Le toma el rostro entre las manos*) ¿Comprendes, amor mío? ¿Compre-

des? (*Se desprende de él llena de euforia y baja los escalones dirigiéndose a la izquierda*) ¡La vida es maravillosa! Todo está en orden en el mundo: hay un sol y un mar; hay una ceiba que nos protege del sol y unas murallas que nos protegen del mar. Hay un palacio y un pueblo. El amor entró en palacio y el pueblo es feliz. Todo está en orden en el mundo.

ALBERTO—(*Toma el vaso, y baja y la sigue*) En tu mundo.

CASANDRA—¿Por qué dices en mi mundo? No. En el mundo, el mío y el de todos. Ven. Mira. (*Alberto se acerca a ella, ambos están junto a la baranda. Casandra señala hacia el fondo izquierda, a un punto fuera de escena*) ¿Ves? Allí está el pueblo. Y el pueblo es feliz. Por lo tanto, también nosotros podemos serlo, sin remordimientos.

ALBERTO—¿Sin remordimientos?

CASANDRA—Ah, es un decir. De mamá, ¿sabes? (*Con voz fingidamente grave*) "Nadie en palacio tiene derecho a la felicidad si el pueblo no es feliz".

ALBERTO—¿Doña Isabel dice eso?

CASANDRA—Me lo repite todas las noches, como si fuese otra oración de las que debo rezar. Pero no me pide que yo la diga. La repite ella, nada más.

ALBERTO—(*Tomándola suavemente por los*

*hombros*) Casandra, ¿desde cuándo tu madre repite esas palabras?

CASANDRA—No sé. Desde siempre. Sabes que yo apenas tenía un año cuando vinimos a palacio. Pues bien, desde que puedo recordarlo, desde toda mi vida. Pero... ¿Por qué preguntas? ¿Te parece extraño?

ALBERTO.—No. Es decir, sí. Porque esas palabras son de Don Rodrigo.

CASANDRA—¿De Don Rodrigo? Pero sería... ¡Es absurdo! Don Rodrigo está en prisión, allá en el Norte. ¡Desde hace veinte años!

ALBERTO—El sí. Pero sus palabras... La gente las repite ocasionalmente, quizá sin saber que sean de él. Y ésa es una de sus frases...

CASANDRA—¿Estás seguro? Pero si fuese así... ¡Mamá precisamente! Ella sería la última persona en la Isla capaz de repetir lo que ha dicho Don Rodrigo.

ALBERTO—Es cierto. No sé. A lo mejor me equivoco. De todos modos resulta curioso que me hayas dicho eso hoy, hoy precisamente.

CASANDRA—¿Por qué?

ALBERTO—Porque esta mañana tu padre recibió una comunicación del Norte.

CASANDRA—(*Encogiéndose de hombros*) ¿No es eso lo rutinario?

ALBERTO—Esta vez no. Don Rodrigo está libre. Cumplió su sentencia y quiere regresar a la Isla. El gobierno creyó prudente avisar a Don

José. Ellos nada pueden hacer para evitarlo. Y eso es lo grave. Tiene perfecto derecho a volver.

CASANDRA—Pues entonces, ¡que vuelva! ¿Por qué tiene nadie que hacerse mala sangre si el pobrecito quiere regresar a la Isla?

ALBERTO—No puedes entender... Tu padre está preocupado.

CASANDRA—Bah, papá nada tiene que temer de ese pobre anciano. El pueblo adora a mi gobernador. (*Echándole los brazos al cuello*) Vamos, vamos, no se te ocurran ideas negras. Vivimos en una isla maravillosa. ¡No sucederá nada!

ALBERTO—Casandra, me gustaría que no tomases ciertas cosas tan a la ligera.

CASANDRA—No tomo las cosas a la ligera. Y para demostrártelo, te recuerdo que ya es hora de que vayas a ponerte tu uniforme. El deber ante todo, mi generalísimo. (*Despidiéndose de él*) Pero antes, te serviré otro trago. (*Dirigiéndose a la derecha mientras ALBERTO saca un cigarrillo y lo enciende*) ¿A que no sabes por quién vas a brindar? (*Sube a la terraza circular y empieza a preparar la bebida*) ¿No adivinas? ¿No te sientes generoso? ¡Por Don Rodrigo! ¡Por el regreso de Don Rodrigo!

(Doña ISABEL entra por la puerta vidriera de la derecha a tiempo de oír la última

tima frase de CASANDRA. Se detiene un instante y una sombra cruza por su rostro. Pero al fin reacciona y se dispone a avanzar. Tiene alrededor de cincuenta años, mediana estatura. Su cuerpo tiende a la obesidad. Pero sin que se hayan perdido del todo unas formas muy femeninas que fueron hermosas. Lleva el largo cabello recogido en moño y viste con sencillez. Hay en sus ademanes gran firmeza. Maneja el palacio como su madre manejaba la casa campesina que la vio nacer: con diligente eficacia. Con su porte y su desenvoltura no hace mal papel en las ocasiones formales. Pero no es ese su fuerte ni deriva de ello placer alguno. Su verdadero papel es de esposa y madre, y a él se dedica en cuerpo y alma. No entiende la política como ciencia. De un modo peculiarmente femenino la intuye, es decir, también ante el pueblo y sus necesidades reacciona como madre o esposa.)

DA. ISABEL—¡Casandra! ¿Todavía estás en esa facha? No puedes quedarte así, hijita. De un momento a otro vendrá una delegación de campesinos a ver a tu padre. (Se vuelve hacia la puerta vidriera) ¡Antonio! (Aparece Antonio, Criado) Lévate esos licores, por favor. (Le quita el vaso a CASANDRA) Este también. (Antonio toma el vaso,

lo coloca sobre la mesita y empuja ésta hacia el interior del palacio.)

CASANDRA—Pero, mamá, ésa es la bebida de Alberto.

DA. ISABEL—El Ayudante Militar no puede beber en horas laborables. Ayúdame a poner un poco de orden aquí. (Mueve una butaca) O no, mejor veie. Tal como estás no eres precisamente un espectáculo edificante para los campesinos. (Ílma) ¡Antonio! (Aparece Antonio en la puerta vidriera de la derecha.)

CRIDO—Sí, señora.

DA. ISABEL—Ayúdame a colocar bien estos muebles.

(ALBERTO se ha vuelto y mira sonriendo la escena en la terraza circular. CASANDRA, a espaldas de DA. ISABEL, le envía un beso. Luego, se acerca a la madre, que está limpiando la mesa con un paño y le da un soberano beso en la mejilla.)

CASANDRA—Adiós, "gobernadora". (Se va corriendo por la derecha.)

DA. ISABEL—(Llamando) ¡Casandra! (CASANDRA se detiene y se vuelve en la puerta derecha.)

CASANDRA—¡Presente!

DA. ISABEL—No pases frente al despacho de tu padre. Está terminando su conferencia con los economistas y no quiero que esos hombres te vean así. (CASANDRA suelta una carcajada.)

CASANDRA—Pero mamá, ¡ni se darían cuenta!

DA. ISABEL—Tienen ojos, ¿no?

CASANDRA—(Riendo) ¿Los economistas? Pero "gobernadora", ¿en qué mundo vives? ¡Tendría yo que ser material industrializable! (Sale riendo.)

DA. ISABEL—Lo que eres me lo reservo ahora. Pero ya entraré en cuentas contigo. (A Antonio) Y tú, ¿qué tienes? No vayas a explotar, hijito. Ríete, ríete. Si así es como me la han echado a perder todos: riéndole las gracias. Empezando por el padre. (Antonio se ruboriza y se le desvanece la risa) Estos tiempos de progreso serán buenos para cualquier cosa, menos para criar a una hija como Dios manda.

(ALBERTO, quien se ha acercado riendo silenciosamente, se apoya en la barandilla de la terraza circular y pregunta):

ALBERTO—¿Puedo dar una ayudita?

DA. ISABEL—Ah, eres tú. ¡También estás en una fachal! ¿No se supone que estés embutido ya en tu uniforme?

ALBERTO—Este es uno de mis uniformes.

DA. ISABEL—El de jugar al tenis, supongo.

ALBERTO—Precisamente. Ordenes del señor Gobernador: dos horas diarias de tenis para la "primera".

DA. ISABEL—Hum. Tenis. (Señalando de pron-

to hacia la izquierda) ¿Qué hace ese vaso allí? Antonio, haz el favor de venir a recogerlo. (A ALBERTO) Colócame esa butaca en aquella esquina, ¿quieres? (ALBERTO sube la escalera de mármol y mueve la butaca) Para la falta que hace en este palacio un Ayudante Militar, bien podrías estar todo el santo día de Dios jugando al tenis.

ALBERTO—¡Doña Isabel, cómo coincidimos usted y yo en nuestras opiniones! ¿Por qué no convence al Gobernador para que me deje cesante?

DA. ISABEL—No es mala idea. Encontrarías algo más provechoso que hacer. Porque, acá entre nos, eso de llegar algún día a ser suegra de un uniforme, no me entusiasma demasiado. Me sentiría mejor, ¿sabes?, si le dieras algún uso a tu diploma de agrónomo. La tierra sigue pidiendo que la trabajen. (A Antonio, que sube a la terraza circular con el vaso) Lévalo adentro. Espera. Y esas raquetas también. (Sale Criado derecha con el vaso y las raquetas) Bueno, creo que esto ya está en orden. (Baja la escalera y se dirige a la izquierda) Ah, me olvidaba decirte que las lecciones de tenis no incluyen adiestramiento en el uso de bebidas. Si a su debido tiempo te llevas a Casandra —con nuestra bendición y la de la Iglesia, se entiende— la podrás readiestrar a tu modo y capricho. (Arregla una silla plegatiza y recoge la capa que dejó CASANDRA) Pero, mientras tanto, me dejas su adiestramiento a mí.

ALBERTO—(Riendo, desde la derecha) ¡Es usted terrible, "gobernadora"!

DA. ISABEL—(Arreglando la otra silla.) Soy una madre chapada a la antigua. Nada más. (Volviéndose) ¡Ah, y no soy gobernadora!

(El SECRETARIO entra por la derecha.

Tiene 38 años. Alto, delgado, espejuelos de concha, ademanes en extremo corteses, tomando muy a pecho su papel en palacio. Viste de gris y usa corbata negra.)

SECRETARIO—Señora, el señor Gobernador bajará en seguida.

DA. ISABEL—¿Se fueron ya los economistas? SECRETARIO—(Echando una ojeada significativa a la indumentaria informal de ALBERTO) Los señores se están despidiendo en estos momentos. (Cruza hacia la izquierda. Al pasar junto a DA. ISABEL ésta le detiene con el gesto.)

DA. ISABEL—¿Llamó usted a Teresias?

SECRETARIO—Ah, sí, señora, me olvidaba. Llamé al señor Teresias en el Circulo de Literatura. Pero me encargó le dijera que le será imposible venir a verla mañana a la hora indicada por usted.

DA. ISABEL—(Extrañada) ¿No dijo por qué?

SECRETARIO—Sí, señora. El señor Teresias me explicó que mañana, precisamente a esa hora, tiene un compromiso en el aeropuerto.

DA. ISABEL—¿En el aeropuerto?

SECRETARIO—Repito exactamente sus palabras. Añadió que iba a recibir a alguien de su más alta estima. (DA. ISABEL se muestra sumamente preocupada. Se da cuenta, sin embargo, de que el SECRETARIO la observa, y dice):

DA. ISABEL—Está bien. Gracias.

SECRETARIO—Si la señora me lo permite, iré a atender a la delegación de campesinos.

DA. ISABEL—Yaya usted. (El SECRETARIO sigue hasta extremo izquierda. Allí se vuelve.)

SECRETARIO—(Echándole otra ojeada de reproche a la indumentaria informal de ALBERTO) El señor Gobernador recibirá a la delegación aquí en la terraza.

DA. ISABEL—(Secamente) Ya estoy enterada. (El SECRETARIO se inclina y sale izquierda. ALBERTO baja los escalones y se acerca lentamente a DA. ISABEL. Cuando está a su lado ella dice sin mirarlo) Es la primera vez que Teresias no responde a una llamada mía. ¡Si él supiera cuánto necesito hoy de su presencia, de sus consejos...!

ALBERTO—¿Puedo yo serle útil en algo?

DA. ISABEL—(Un tanto bruscamente) ¡No! (Arrepentida de su involuntaria brusquedad, sonriendo y dándole unas palmaditas en el brazo a ALBERTO) Quiero decir que te lo agradezco mucho. No es nada. Anda, anda, vete a cambiar. (Le vuelve la espalda como si él ya le hubiese obedecido.)

ALBERTO—(Sin moverse) ¿Tiene usted idea de quién pueda ser la persona de tan alta estima que Teresias recibirá mañana en el aeropuerto?

DA. ISABEL—(Volviéndose a él sobresaltada) No. (Dominándose) No sé. No puedo imaginar... Un amigo, quizás...

ALBERTO—Un amigo peligroso, en todo caso.

DA. ISABEL—¿Qué quieres decir?

ALBERTO—Don Rodrigo está libre.

DA. ISABEL—(Cruza las manos estrechamente y así, unidas, se las lleva a los labios. De pronto pregunta angustiada) ¿Y crees que...?

ALBERTO—Pudiera ser.

DA. ISABEL—(Se aleja unos pasos, se vuelve y se acerca rápidamente a ALBERTO) ¿José lo sabe?

ALBERTO—Que está libre, sí.

DA. ISABEL—¡Dios mío!

ALBERTO—Creí que usted debía saberlo.

DA. ISABEL—Casi lo sabía... sin saberlo. Gracias, hijo. Y ahora vete, por favor. Quisiera estar sola...

ALBERTO—(Impulsivamente le toma una mano y se la besa) No se preocupe demasiado. Dios nos ayudará a todos. (Rápidamente va hacia la derecha y sale. DA. ISABEL se mueve hacia el fondo. Elruiseñor canta en la ceiba. Ella alza la cabeza y mira hacia lo alto del follaje. Elruiseñor enmudece. Ella deja caer los brazos y se dirige lentamente hacia la derecha. Antes de llegar a la escalera reacciona y empieza a caminar de prisa.

DON JOSÉ sale por la puerta vidriera. Tiene 58 años. Alto, corpulento. A pesar de que el cuerpo se inclina ligeramente tiene un porte digno, y en su voz, su sonrisa y sus ademanes hay un calor humano que ejerce notable influencia sobre los demás, subyugando voluntades y despertando afecto, por lo menos, simpatía. Lleva bigote; el resto del rostro cuidadosamente rasurado. Todo su físico rebosa salud. Cuando sonríe muestra, sin embargo, una dentadura bastante deteriorada. Por ello, al sonreír abiertamente, tiende a llevarse una mano a la boca para ocultar el deterioro de los dientes. Es un gesto inconsciente que resulta infantil en un hombre de su corpulencia y carácter, pero que quizá por lo mismo añade cierto encanto a su personalidad. Sus ojos grandes tienen, en momentos de bonanza, una imborrable carga de tristeza. Diríanse los ojos de un poeta, no de un político.)

DON JOSÉ—Vaya, vaya, ¿a dónde vas tan de prisa?

DA. ISABEL—A tejer un rato.

DON JOSÉ—(De buen humor) ¡Una tarea im-prorrogable!

DA. ISABEL—Cada cual tiene sus tareas... im-prorrogables.

DON JOSÉ—Sin duda (Transición) Pensé que te gustaría ver a los campesinos.

DA. ISABEL—Pensaste mal. (El la mira sorprendido. Se vuelve automáticamente para servirse un

trago, pero no encuentra la mesita de los licores) Antonio retiró los licores.

DON JOSÉ—(Llevándose la mano a la boca para ocultar una sonrisa) Pero necesito un trago... si "Antonio" no tiene inconveniente.

DA. ISABEL—Beberás después que atiendas a los campesinos.

DON JOSÉ—Ah, sí, sí, claro. (DA. ISABEL se dirige a la derecha. El, sin volverse, llama en un tono inesperado) Isabelita (DA. ISABEL se detiene pero no se vuelve. El, siempre sin mirarla, dice en voz baja) No me dejes solo (Ella se vuelve rápidamente. DON JOSÉ, turbado, saca un cigarrillo de la pitillera y se lo lleva a los labios. DA. ISABEL se acerca a él. Le enciende el cigarrillo. DON JOSÉ, esquivando la mirada, baja los escalones. DA. ISABEL ya lentamente a dejar el encendedor sobre la mesa. Se vuelve desde allí y le observa.)

DA. ISABEL—¿Y bien? No me he marchado.

DON JOSÉ—(Sin mirarla) Gracias. (Luego se vuelve a medias) ¿Te molesta?

DA. ISABEL—Me duele. (Transición) Pero si es necesario...

DON JOSÉ—Necesario no.

DA. ISABEL—(Moviéndose hacia la escalera) Es igual. Estoy aquí. (Baja) Los veré. Los veo ya. Vendrán con sus rostros tristes, cohibidos, impresionados, nerviosos e inseguros. Se sentirán quizás un tanto halagados, pero no podrán ocul-

tar su zozobra. Lo sé. Lo experimenté yo al entrar por vez primera en este palacio.

DON JOSÉ—(Volviendo a ella) Nada tienen que temer.

DA. ISABEL—Tampoco yo entonces. Y sin embargo, temí.

DON JOSÉ—Sin razón, ya lo ves. Hoy eres feliz. Y ellos también lo son. Les he dado todo, todo lo que podían anhelar para los míos: pan y techo seguros, instrucción, libertades, progreso...

DA. ISABEL—José, tú no comprendes. Eres un hijo de la ciudad y además te educaste en el Norte. Yo soy campesina, como ellos. Pero con una ventaja. La de poder verlos ahora desde afuera. Y es horrible lo que intentas.

DON JOSÉ—(Impaciente) Por favor, no insistas en...

DA. ISABEL—(Como si no oyera) Es horrible lo que ya has logrado.

DON JOSÉ—Isabeliña, tienes un corazón de oro y yo idolatro esa bondad tuya. Eres sentimental y no te querría tanto si no lo fueras. Pero ya sabes cómo pienso.

DA. ISABEL—Sí, que ellos no tienen derecho a sentir como yo.

DON JOSÉ—Isabel, Isabel, el sentimentalismo ha mantenido a nuestro pueblo en la más abyecta miseria. Lo sabes bien. Nuestra historia ha sido una pueril sucesión de estallidos emocionales que

no han conducido a parte alguna. Era ya hora de que la razón dominara a la emoción. Nos ha tocado vivir en la hora del progreso. No podemos escapar a la urgencia que nos plantea el tiempo. Fijate, precisamente la Comisión Asesora de Economistas...

DA. ISABEL—(*Tapándole la boca suavemente*) No, no, mi Joseíto, no me hables de los economistas. A otros sí, pero a mí, a tu mujer, no. Las ciencias son muy útiles y muy respetables. Pero a tu mujer no se le habla en el lenguaje de la ciencia sino en el del corazón. Dale a mi pueblo toda la ciencia y todo el progreso que él pueda asimilar. Pero no pases del límite. Ten cuidado de que la dosis no sea excesiva. Porque le puedes matar algo que vale más que toda la ciencia y todo el progreso del mundo. Eso es lo horrible. Eso es lo que temo que esté sucediendo. Y si es así, José, si es así, hay mucho que temer. Porque si el pueblo llega a darse cuenta de que se le está muriendo algo muy dentro de su entraña, sería capaz...

DON JOSÉ—(*Bruscamente*) ¡Estás loca! No me gusta lo que dices. No me gusta tampoco el calor que pones en tus palabras. Hablas del pueblo como si fuese un individuo. El pueblo es una masa y como tal sólo siente las necesidades primarias. Su felicidad consiste en la seguridad económica. Y eso es lo que le he dado. ¡Tírate a la calle! Pregunta. Ve al campo, a tu propio campo. Pre-

guntales a los tuyos. Háblales del "alma del pueblo", de lo que se les está muriendo en la entraña, y se burlarán de ti. Háblales en cambio del salario alto, de las nuevas industrias, del plan de viviendas, del seguro social, y te llamarán líder. No se puede hacer metafísica con el pueblo, hay que hacer política. Política que conduzca al buen gobierno. Eso es todo.

DA. ISABEL—No, no es todo. Ya sé que hablo de cosas que no se pueden demostrar en estadísticas, de cosas que quizá nuestra gente no puede expresar porque están muy ahogados en el trajín de sus necesidades diarias. Pero tienes que creerme, José. Esas cosas que no puede probar la ciencia, que ni siquiera pueden expresarse, existen. Se sienten, Joseíto. Las siento yo.

DON JOSÉ—(*Conciliador*) Está bien, Isabelita, está bien. (*Sonriendo*) Lo que tú digas.

DA. ISABEL—(*Se desprende de él, decepcionada*) Me hablas como le hablarías a Casandra. Chiquilladas, ¿no es cierto? Y sin embargo, hace unos minutos tuviste miedo de quedarte a solas.

(*Por la izquierda entra el SECRETARIO.*)

SECRETARIO—Señor, la delegación de campesinos.

DON JOSÉ—Que pase, que pase (*Sale el SECRETARIO. DON JOSÉ se acerca a DA. ISABEL y la besa.*)



Sin ti estoy siempre a solas. (Luego sube a la terraza circular y se coloca detrás de la mesa.)

(Por la izquierda entra el SECRETARIO seguido de los campesinos: DON RAMÓN, el Mozo, tres hombres de mediana edad, PASCASIA y ROSA. Visten con humilde pulcritud. Su apariencia y actitud coinciden con la anticipada descripción que ha hecho DA. ISABEL. Siguen al SECRETARIO en su recorrido de izquierda a derecha. DA. ISABEL va a su encuentro.)

SECRETARIO—La señora del gobernador. Los legados de Altamira.

DA. ISABEL—(Estrechando la mano de todos) Bienvenidos a su casa. Adelante. Adelante. ¡Conos causa su visita. ¿Saben? Precisamente Altamira colinda con el campito donde nació. ¿Todavía se bañan los chicos en la vieja represa?

Mozo—No, señora. Aquello es ahora una represa moderna. La más grande de toda la Isla. Los centinelas no permiten acercarse...

DA. ISABEL—Sí, naturalmente, ¡Qué lástima! Adelante. Adelante.

(A medida que han ido estrechando la mano de DA. ISABEL —y siguiendo la indicación del SECRETARIO— van acercándose a la terraza circular. El SECRETARIO sube.)

SECRETARIO—El señor Gobernador. (Los campesinos suben y se acercan tímidamente a la mesa. DON JOSÉ da un paso hacia ellos y estrecha la mano del más anciano. El influjo de la personalidad de DON JOSÉ y su habilidad política se notan de inmediato en la reacción del grupo. A sus palabras los campesinos se olvidan de que están en palacio y se empiezan a sentir a gusto, casi como si hablaran con uno de su propia clase. DA. ISABEL sube y permanece de pie, detrás de la butaca de DON JOSÉ.)

DON JOSÉ—Ah, mi querido don Ramón, ¡qué gusto me da verle por acá! Dígame, dígame, ¿todavía cuele la doña el cafesito tan rico como antes?

DON RAMÓN—Igual. Igualito, Don José. Pero sin esperanza de volver a compartirlo con usted.

DON JOSÉ—Oh, algún día será. ¿Y la familia?

DON RAMÓN—Muy buenos todos, gracias. Aquí le traigo al mayor de mis nietos.

DON JOSÉ—Ah, ¿sí? ¿Este mozo? Parece buena la nueva cosecha de Altamira. (Estrechando la mano del mozo) ¿Qué tal? ¿Cómo estás tú? (Refiriéndose a los otros) ¿Y los demás?

DON RAMÓN—Buenos vecinos todos. Y buena gente del partido. Leales a carta cabal. (Presentando) Don José va estrechando la mano de cada uno) Aquí, Nicasio Flores, Prudencio Pérez, Moncho Muratti, Pascasia Rodríguez, Rosa Meléndez.

Don José—Encantado. Encantado de verlos a todos. Y más encantado aún de ver que las mujeres de Altamira participan activamente en la vida pública. ¿Meléndez? ¿Familia de Don Jacinto?

Rosa—Sí, señor. *(Sonriendo)* Pero de la rama pobre.

Don José—¡Y a mucha honra, Rosa Meléndez! Las ramas pobres de la familia isleña son precisamente las que están transformando a este país en un mundo mejor. Pero, siéntense. Siéntense, por favor. *(El SECRETARIO va indicándole a cada cual el asiento que debe ocupar)* Tengo gratos recuerdos de Altamira. Buena gente la de aquel campito. Lo mejor de la montaña. ¡Y cómo me ayudaron en mi primera brega! ¿Recuerda, Don Ramón?

Don Ramón—Cómo no me voy "arrecordar". Si parece que fue ayer...

Don José—Diecinueve años ya. *(Señalando al mozo)* Este no había nacido aún.

Mozo—Nací un año después.

Don José—*(Sentándose)* Bueno, bueno, ustedes dirán en qué puedo servirles. *(Todos se miran con embarazo)* ¿Hay alguna dificultad en Altamira? ¿Algún... problema político?

Don Ramón—Ah, no, no. Si allí la oposición apenas tiene cuatro gatos. Mire, cristiano, si el barrio completo es de los de nosotros.

Don José—¿Entonces? ¿Una queja por defi-

ciencia en algún servicio? *(Volviéndose al SECRETARIO)* ¿No fue el mes pasado que inauguraron el servicio de electricidad en esa zona?

SECRETARIO—Sí, señor. El veinticinco.

DON RAMÓN—Justo. El veinticinco fue.

Don José—Sabrán, además, que una firma del Norte va a establecer allí una fábrica dentro de poco.

Don RAMÓN—¡Pero si no tenemos queja! Al contrario. Lo que pasa es que...

Rosa—Que nos da un poco de vergüenza...

HOMBRE—Porque traemos una cosa... Y no tenemos la seguridad de si sirve o no sirve.

SECRETARIO—Perdón, señor. Según me han explicado se trata de...

Don José—¡Por favor, deja que lo expliquen ellos mismos!

Mozo—Es sobre un tipo de piedra que descubrimos en el barrio.

DON RAMÓN—La descubrió él, Don José, él mismo.

Don José—¿Y para qué creen ustedes que sirva esa piedra?

Mozo—Ése es el problema. No lo sabemos. Pero usted... Quiero decir, aquí habrá facilidades para analizarla. En el laboratorio de química... En la escuela del pueblo, quiero decir, no podremos averiguar gran cosa. A lo mejor se trata de alguna materia prima importante.

DON RAMÓN—Algo que sirva "pa" el programa de industrialización.

HOMBRE—Así tendríamos algo que fuera nuestro de "verdá".

ROSA—Pero a lo mejor no sirve. Ya yo se lo he dicho. A mí me parece que esa piedra no sirve "pa ná".

PASCASIA—¡Ave María, pues yo creo que sí sirve!

DON JOSÉ—¿Y dónde está la piedra?

Mozo—La trae Pascasia.

DON RAMÓN—Anda, Pascasia, enseñale la piedra a Don José. (Pascasia se levanta y se dirige a la mesa luchando desesperadamente por deshacer el nudo del paño que envuelve la piedra.)

PASCASIA—Ay, Vigen, este nudo... (El Mozo se levanta para ayudarla, pero ella no lo permite) No, deja, deja. Ah, ya. Ya está. (Coloca el paño abierto sobre la mesa. En el medio se destaca una piedra blanquizca de mediano tamaño) ¿No "verdá" que es linda? (El SECRETARIO se muerde los labios. Don José se muerde los labios para ocultar una sonrisa. En DA. ISABEL hay un gesto de tierna piedad.)

DON JOSÉ—Linda es, sin duda alguna. Pero tú tienes razón, muchacho. Lo importante es hacerla analizar. (Con voz cálida y conmovida) Pero, ¿saben?, no importa que esta piedra tenga o no valor industrial. Lo que importa es el gesto de ustedes. Lo que importa de verdad es la fe y el

entusiasmo de ustedes en el programa que está transformando a esta isla en un mundo de progreso y bienestar económico. Por ese gesto, por esa fe, por ese entusiasmo, yo les doy las gracias.

Mozo—¡Pero eso no basta! (Las palabras de Don José habían surtido a todos en un éxtasis de complacencia. Por ello el tono de voz y la con-tradición del Mozo actúan a modo de mazazo que los despierta con violencia. Y demuestran su resistencia a volver a la realidad con gestos de alarma y desagrado. DA. ISABEL, intuyendo lo que hay detrás de las palabras del Mozo, pone suavemente una mano en el hombro de Don José. Entra suave la música irreal del principio del acto. La iluminación general empieza a languidecer como si una nube ocultara el sol. Sólo sobre el Mozo se mantiene una iluminación brillante) Es necesario, es... tremendamente necesario que esa piedra tenga valor industrial.

DON RAMÓN—(Apurado) Mi nieto quiere decir que si esa piedra sirviera, sería algo bueno "pa" el país.

Mozo—Lo que quiero decir no es sólo eso, abuelo. Quiero decir que no podemos depender eternamente del Norte si queremos ser libres. (Tal parece que se ha pronunciado una palabra en extremo peligrosa. Los campesinos se encogen atemorizados, excepto PASCASIA, quien se yergue en su asiento y afirma enérgicamente con la cabeza.

El SECRETARIO, demudado, hace ademán de interrumpir al Mozo. DON JOSÉ lo detiene con gesto enérgico. La mano de DA. ISABEL hace ahora presión sobre el hombro de su marido.)

DON JOSÉ—(Su voz es pausada y tranquila, pero hay en ella vibraciones que anuncian tormenta.) Te escuchamos, muchacho. Te escuchamos. ¿Qué quieres decir con eso de libras?

Mozo—(Un tanto cohibido por el efecto de sus palabras, pero decidido ya a decir lo que piensa y siente) Quiero decir... que sería mejor enfrentarnos a nuestra realidad. Atenemos a ella... Eso es. Quiero decir, que si somos un país pobre podemos mejorar todo lo que sea posible... Pero no podemos pretender vivir a lo rico como vive el Norte. Ellos tienen los medios y pueden hacerlo. Nosotros no. Quiero decir... que nos hace falta saber sacrificarnos. Sacrificarnos para ser... nosotros mismos.

DON JOSÉ—(Acariciando la piedra) ¿Y crees que ello se logre con este pedazo de piedra?

Mozo—Quiero creer que sí. Yo tengo fe en esa piedra. Porque no es sólo una piedra. Es... No sé si usted me entendería... Es nuestra realidad. En ese pedazo de roca está la contestación de lo que somos. Si tiene valor en moneda del Norte diremos todos: "¡Qué buen negocio se nos viene a las manos!" Y yo seré el primero en decirlo. Pero si no lo tiene, no podemos echarla a la basura y decir: "No sirve". La realidad nues-

tra puede ser dura como una roca. Y no por eso vamos a decir: "Hay que traer una realidad del Norte porque la nuestra es dura y nos destroza las manos". (Poniéndose de pie y mostrando sus manos arrancándole esa piedra a la roca de mi campito) Y no me quejo. No digo: "Ay, bendito, mis pobres manos. Mandaré a buscar unos guantes al Norte para que protejan mis pobres manos". ¡No! Porque mis manos saben que la roca es dura. Si mis manos no se quejan, yo no me quejo. Si mis manos se sacrifican, yo me sacrifico. Si mis manos tienen valor, yo tengo valor.

DON JOSÉ—(Tenso) ¿Valor... para qué?

Mozo—Para volver atrás y empezar de nuevo, si fuera necesario.

DON JOSÉ—(Conteniéndose y sonriendo al anciano) ¿Decías que sólo "cuatro gatos" constituían la oposición en Altamira? He aquí un "gato" con mucho corazón.

DON RAMÓN—No, no, Don José. Mi nieto...

Mozo—(Herida su dignidad por el tono zumbón de Don José) Yo nací y me crié dentro de los ideales que usted predicó en Altamira. Mi canción de cuna fue el tema de su partido: Agro, pan, emancipación. Pero he visto cómo se ha olvidado la emancipación, la emancipación de esa sombra de siglos que es el Norte. Y cómo se ha olvidado el agro que Dios nos dio como única riqueza.

Solo ha quedado un ideal: el pan. Y el pan es bueno. (*Acercándose más a la mesa. El SECRETARIO hace un ademán instintivo para evitarlo, pero se contiene*) Solo que yo creo que no es suficiente. Un pueblo puede morir de hambre. Pero... (*Con acento apasionado*) ¡Pero también puede morir-se de pan! (*DON JOSÉ hace ademán de ponerse de pie. DA. ISABEL le detiene. El SECRETARIO se muestra nerviosísimo.*)

SECRETARIO—Señores, creo que la entrevista ha tocado a su fin.

DON JOSÉ—(*Dando un gran manotazo sobre la mesa, grita con una voz que desconocíamos en él*) ¡La entrevista tocará a su fin cuando yo lo diga! (*Pausa tensa. Luego su voz suena tranquila al dirigirse al Mozo*) Porque vivimos en un país con libertades puedes expresarte como lo has hecho. Y lo has hecho con sinceridad y emoción. Con... pasión, sin duda. Ahora dime, ¿de qué libertad te ves privado tú?

Mozo—(*En tono tranquilo y pausado*) Sé bien, Don José, que no vivo en una dictadura. Pero las libertades de que gozo no son de por sí... quiero decir, no son para mí *la libertad*. A lo mejor es verdad que gozamos de muchas libertades. Pero me parece que no gozamos de la libertad fundamental... de ser nosotros mismos.

(*La iluminación empieza a hacerse normal. La nube que ocultaba el sol ha pasado, se extingue la música de fondo.*)

DON RAMÓN—Por favor, hijo, no sabes lo que dices. (*Levantándose*) Perdónelo, Don José. Es sólo un muchacho. Lee demasiados libros...

DON JOSÉ—No es un delito leer libros. (*Se pone de pie*) Quizá tú y yo debemos discutir pronto algunas de esas lecturas. ¿Por qué no vienes a verme cuando te sientas en disposición de hablar... serenamente? (*Volviéndose al SECRETARIO*) Toma nota de su nombre. En cualquier ocasión que él venga, estaré dispuesto a recibirle.

SECRETARIO—¿En cualquier ocasión?

DON JOSÉ—(*Tajante*) En cualquier ocasión. (*Extendiéndole la mano al Mozo*) ¿De acuerdo?

Mozo—(*Estrechando la mano de DON JOSÉ*) No sé. (*Convencido*) Será como Dios disponga.

DA. ISABEL—(*Interviniendo prontamente*) ¿Y por qué no ir nosotros a devolverles esta visita? Don José, estoy segura, se sentirá feliz de gozar una vez más de la hospitalidad de Altamira.

DON JOSÉ—En efecto, en efecto. (*Estrechando la mano de DON RAMÓN*) Y de probar una vez más el rico café que cuele su esposa, ¿eh, Don Ramón? (*El SECRETARIO baja los escalones*) Gracias a todos por haber venido. Pueden tener la seguridad de que la piedra será sometida al más riguroso análisis.

SECRETARIO—Por aquí, señores. (*El Mozo se dirige rápidamente a la izquierda. DON JOSÉ y DA. ISABEL siguen estrechando la mano de los campesinos.*)

DON RAMÓN—Dios lo bendiga, Don José. Y a usted también, señora.

DA. ISABEL—Gracias. Dios los bendiga a ustedes. (*Alzando la voz y mirando al Mozo que se ha vuelto en extrema izquierda*) A todos ustedes. (*El Mozo sale. El SECRETARIO espera en extremo izquierda a que pasen los campesinos y luego sale tras de ellos. Quedan solos en escena* DA. ISABEL y DON JOSÉ. *Entra de nuevo suavemente la música irreal. DON JOSÉ se deja caer en la butaca que ocupaba antes. Mira la piedra sobre el paño. Extiende la mano y acaricia la superficie áspera. Luego mira fijamente hacia la izquierda por donde ha salido el Mozo.*)

DON JOSÉ—(*Con voz cansada y acento casi triste*) La semilla que alguien sembrara aún no ha muerto.

DA. ISABEL—(*Detrás de él, apoyando suavemente la cabeza de Don José sobre su pecho maternal y empezando a acariciar la frente torturada, con voz timbrada y grave*) ¿Y por qué matarla, mi Joseito? ¿Por qué no dejarla germinar? ¿Por qué no cultivar luego la planta con tus propias manos? ¡Es tan hermoso ayudar a la naturaleza en su empeño de lucha contra la muerte! ¡Es tan hermoso ayudar al triunfo de la vida!

#### TELÓN RÁPIDO

#### CUADRO SEGUNDO

*Música irreal. Telón corrido. El teatro está totalmente a oscuras. Se oye el sonido de los motores de un gran avión que aterriza. Se apagan los motores y escuchamos ruidos y murmullos característicos de una pista de aterrizaje en un moderno aeropuerto al descender los pasajeros de una nave intercontinental. Se oye, ampliada por los altoparlantes del aeropuerto, la VOZ DE UNA EMPLEADA.*

VOZ DE EMPLEADA—Atención, por favor. Su atención, por favor. Pasajeros que llegan del Norte en el vuelo dos dieciséis, sírvanse pasar al servicio de inmigración para el examen de sus equipajes. Al servicio de inmigración para el examen de sus equipajes. (*Los sonidos cambian ahora del aire libre al interior del aeropuerto. Aumenta el murmullo de la multitud dentro del recinto cerrado. Se oyen golpes secos de bultos y maletas al ser colocados sobre un mostrador de superficie me-*

*tática. Se escucha la Voz DEL EMPLEADO, quien al hablar español lo hace con ligero acento extranjero. La voz de este empleado y la siguiente se oírán ampliadas, pero en tono natural de conversación. No "enlatadas" y mecánicas como la voz de la empleada.)*

Voz DE EMPLEADO—Open your baggage for inspection, please. Abren sus maletas para ser inspeccionadas, por favor. *(Se oye el sonido de llaves, cerraduras que se abren, etc.)* ¿Tiene algo que declarar, señora?

Voz DE SEÑORA—No, señor. Mire usted mismo. Trajes, zapatos... No, si no va a encontrar drogas ni licores. ¡Ay, quién piensa en esas cosas!

Voz DE EMPLEADO—Y esto, ¿qué es?

Voz DE SEÑORA—*(Con naturalidad)* Ah. Son unos bulbos de lirios que le traigo a mi hija.

Voz DE EMPLEADO—*(Secamente)* Lo siento. No puede pasar plantas ni semillas. Next!

Voz DE SEÑORA—*(Se va apagando como si quedara atrás)* ¡Pero, bendito, no me los quite! Son para mi hija. ¡Si viera usted qué lirios más preciosos...!

Voz DE EMPLEADO—Sorry. Next. Usted, señor, ¿tiene algo que declarar? *(La música ejecuta un acorde dramático.)*

Voz DE DON RODRIGO—*(Se oye con efectos acústicos de resonancia)* Nada.

Voz DE EMPLEADO—Ropa y libros, ¿eh? ¿No trae alguna planta?

Voz DE DON RODRIGO—*(Amargo, su voz en resonancia)* No se cultivan plantas en el lugar de donde vengo.

Voz DE EMPLEADO—¿Alguna semilla, quizás?

Voz DE DON RODRIGO—*(Elevándose solemnemente, en resonancia)* Sí. Traigo una semilla. La misma que llevé conmigo hace veinte años. Traigo de nuevo a mi Isla... ¡la semilla de la libertad!

*(La música sube en crescendo dramático. Se apagan todos los sonidos del aeropuerto y surge, por encima de la música, la voz de DON JOSÉ, al natural, irritada, violenta, acompañando sus palabras con grandes manotazos sobre una mesa mientras se alza rápidamente el telón en la oscuridad.)*

Don José—¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras huecas! *(Se desvanece la música y aparece bajo un chorro de luz, a la izquierda, DON JOSÉ, de pie, golpeando el escritorio de su despacho. A su derecha, de pie, está ALBERTO luciendo su uniforme de ayudante militar. A su izquierda, sentado, está el JEFE DE JUSTICIA con unos papeles en sus manos. El jefe de justicia es un hombre de baja estatura y mediana edad, muy seguro de sí mismo. Habla pausadamente como si descendiera a explicar claramente a los demás cosas para él muy sabidas. El círculo de luz sólo ilumina la pequeña área donde están los tres personajes. El resto de*

*la escena permanece totalmente a oscuras*) Desde que regresó a esta Isla, hace seis meses, sólo se dedica a hacer frases. Frases románticas, frases alisonantes, frases "lapidarias", como si hubiese entablado un diálogo definitivo con la Historia. ¡Pero es con el pueblo con quien tiene que dialogar! ¡No es con la Historia! Es con el pueblo. Y yo soy el pueblo. Yo, que democrática, limpia, abrumadoramente, fui elegido por ese pueblo para construir un mundo de progreso y bienestar económico sobre el dolor que todos los gestos románticos de él y de otros antes que él habían creado en esta Isla pobre y desgraciada. ¡La semilla de la libertad! Palabras. Palabras huecas. ¿Y cree el muy iluso que con esas armas va a destruir mi obra? ¡Jamás! ¿Me oyen ustedes? ¡Já-más! *(Se vuelve bruscamente hacia el fondo y queda de espaldas, las manos cruzadas atrás, el cuerpo todo vibrante de indignación.)*

JEFE DE JUSTICIA—Me permito recordarle que no tenemos ya que depender de las autoridades del Norte para mantener a raya a Don Rodrigo. Podemos arrestarlo nosotros mismos en cualquier momento.

ALBERTO—¿Arrestarle? ¿Sin motivo?

JEFE DE JUSTICIA—La ley provee para ello.

ALBERTO—¿Qué ley? No hay ninguna...

JEFE DE JUSTICIA—*(Trieterumpiéndole)* Recordará usted, señor Gobernador, que hace dos años, por indicación suya y anticipándose a los acon-

tecimientos, la Asamblea aprobó una muy eficaz ley antissubversiva.

ALBERTO—Don José, esa ley no se ha puesto nunca en práctica.

JEFE DE JUSTICIA—Se pondrá cuando sea oportuno. Por ahora, sin embargo, sólo nos interesa ir haciendo acopio de las pruebas que condenarían a Don Rodrigo si intentase pasar... de la palabra a la acción.

ALBERTO—No creo que Don Rodrigo apele a la violencia.

JEFE DE JUSTICIA—*(Poniéndose de pie)* El no. Pero sus secunaces sí. Ya lo han hecho en el pasado. Siempre cabe la posibilidad de otro acto terrorista. Si ocurriera, apresáramos y juzgaríamos a Don Rodrigo como responsable de sedición. Para probarlo bastaría esgrimir en su contra las frases aparentemente inocuas que hoy prodiga. Aquí en este informe, señor Gobernador, están los datos recogidos hasta la fecha, y el plan de acción a seguir. Tenemos que ser minuciosos. Las autoridades del Norte han depositado en nuestras manos el problema. Es una gran responsabilidad para el gobierno local. Cuando Don Rodrigo vuelva a ingresar en la cárcel habrá sido condenado, no por extranjeros, sino por sus propios compatriotas.

ALBERTO—Usted habla como si estuviera ya todo provisto para el arresto y condena de Don Rodrigo.



JEFE DE JUSTICIA—Provisto, no, mi joven amigo. Sólo previsto. Mi responsabilidad en este caso es, entre otras cosas, no hacer el ridículo. Cuando llegue el momento no sería conveniente para nuestro gobierno un proceso de farsa como el que llevó a cabo el gobierno del Norte hace veinte años. Quiero descargar mi responsabilidad asegurando una condena honesta basada en una acusación razonable; y una acusación razonable basada en la letra de la ley. Para ello acumulo pruebas desde el momento mismo en que Don Rodrigo puso el pie en tierra isleña hace seis meses. Aquí están las pruebas. Si fuese necesario y, ajustándome escrupulosamente a la letra de la ley aprobada hace dos años, ahora mismo, en este instante, podría expedir la orden de arresto.

ALBERTO—(*Tomando los documentos que le alarga el JEFE DE JUSTICIA*) ¿Está seguro?

JEFE DE JUSTICIA—Completamente. ¿Usted no? ALBERTO—(*Hojando el informe*) No sé. No entiendo de esto. Pero la verdad es que nunca me pareció que la ley antisubversiva tuviera semejante alcance.

JEFE DE JUSTICIA—(*Sonriendo, y golpeando familiarmente el hombro de ALBERTO*) Las buenas leyes siempre tienen largo alcance.

ALBERTO—Pero... Pero esto no es un informe. Más bien parece un... diario de espionaje.

JEFE DE JUSTICIA—(*Suspirando y encogéndose*

de hombros) La semántica es una ciencia muy exacta. *Informe* es la palabra.

ALBERTO—Pero es que aquí hay... conversaciones privadas, íntimas, intervenciones de conferencias telefónicas...

JEFE DE JUSTICIA—(*Riendo*) Naturalmente. Y si viera usted las sorpresas que nos llevamos. Si su-piera las personas que se relacionan con Don Rodrigo...

ALBERTO—(*Disgustado, cerrando el informe*) Pero esto es...

JEFE DE JUSTICIA—¿Indigno? Es posible. (*Riendo*) ¿Le exigiría usted un código de honor a nuestro Servicio de Seguridad Interna? Si lo hubiese... (*Castañetea los dedos*) ¡Adiós seguridad! (*Pasando la punta de sus dedos por la pechera del uniforme de ALBERTO*) Los militares abandonan su código de honor cuando estalla la guerra, ¿no es cierto? Nuestra policía secreta vive en perpetua guerra. Entonces, ¿de qué le puede servir un código como el de usted? (*Sonriendo*) ¿Comprende? (*Volviéndose a Don José, quien continúa de espaldas, inmóvil*) Y bien, señor Gobernador, le pido encarecidamente que examine mi informe. Le agradeceré sus observaciones. No sólo por la satisfacción que ello me proporcionaría sabiendo mi deber cumplido, sino porque hay algunos datos del informe que, me parece, debe usted conocer personalmente. Por ejemplo, y para ser específico, el caso de alguna persona allegada a

Palacio que honra con sus visitas la casa de Don...

DON JOSÉ—(*Volviéndose bruscamente*) ¡Basat! ¡Basat! Admito que para proteger a un pueblo de la subversión y la anarquía se llegue hasta lo bajo y lo sucio. Pero no admito que se me venga a restregar en las narices esa porquería. ¡No admito que se revuelque en mi presencia y se me arroje a la cara esa mierda! (*A gritos*) ¡Llévate tu informe! No lo leeré. No quiero leerlo. Está aprobado, ¿me oyes?, está aprobado. (*Arranca de las manos de ALBERTO el informe y lo arroja sobre la mesa frente al JEFE DE JUSTICIA*)

JEFE DE JUSTICIA—(*Llvido*) Pero Don José...

DON JOSÉ—¿Para qué crees que te tengo en ese puesto? Te he puesto ahí precisamente para que seas lo que eres, para que te ensucies por mí, para que por mí te revuelques en la porquería. Hazlo. Es tu deber. ¡Hazlo! Pero antes de entrar en mi casa, lávate las manos. (*Extiende el brazo izquierdo por encima del escritorio y agarra con violencia al JEFE DE JUSTICIA por la solapa*) No quiero que traigas a mi despacho la podredumbre de tus procedimientos. ¿Entiendes? No me interesan los procedimientos siempre que se ajusten a la letra de la ley. Lo que me interesa son los resultados. (*Lo empuja soltándole la solapa*) ¡Vete! Llévate tu informe. ¡Vete! (*El JEFE DE JUSTICIA recoge el informe y sale presuroso por la izquierda*). DON JOSÉ queda con ambos puños ce-

*rrados apoyados en el escritorio, la cabeza inclinada sobre el pecho. Pausa. ALBERTO se dirige lentamente hacia la derecha*) ¡No te vayas! (*ALBERTO se detiene y se vuelve*. DON JOSÉ habla ahora en voz casi baja) No. No es cierto que no me importen los procedimientos. Me importan. Todavía soy capaz de sentir asco. (*Su voz vuelve a elevarse apasionada*) Pero lo horrible es que cada vez siento menos asco. ¿Comprendes lo que eso significa? (*En grito de pasión*) Significa que un día, un día tendré yo la inconsciencia de esa alimaña que acabo de echar de mi despacho.

ALBERTO—Don José, por favor. Usted es un hombre digno, demasiado digno...

DON JOSÉ—(*Precipitadamente*) No, Alberto, no. En el poder no hay hombres *demasiado* dignos. Tú debes aprenderlo. Tu padre lo sabía. (*Se deja caer en la butaca*) El, que luchó junto a mí en aquella hermosa campaña inicial de nuestro partido, él, a quien se debía en gran medida nuestro triunfo, no quiso compartirlo. Se negó terca, obstinadamente, a aceptar puesto alguno en el gobierno. "Comparti contigo los más nobles ideales de libertad y decencia humana—decía—. Eso me basta. Me moriría de vergüenza si el poder nos impidiera ahora realizar esos ideales." El poder, Alberto, el poder. Yo entonces no podía percibir el alcance de las palabras de tu padre. El murió feliz. Murió a tiempo. Porque a la hora de su muerte estábamos todos limpios, conservábamos

todavía la frescura del bautismo que los ideales habían derramado sobre vuestras cabezas. "Lo lograrás, José. Lo lograrás", me dijo pocos días antes de morir. ¿Lo he logrado? Contéstame. ¿Lo he logrado, Alberto? No puedes, ¿verdad? No puedes contestar. (*Levantándose*) Pero la pregunta es: ¿Lo habría logrado alguien? ¿Lo lograría alguien jamás? ¡Nadie! ¡Nunca! Ni *ése* que anda por ahí dialogando con la Historia. Ni *ése* que ha pretendido erigirse en voz de mi conciencia, ni *ése* de palabra apocalíptica que se cree limpio, immaculado; que se cree libertador, mártir, santo; ¡ni *él* lo lograría! Es fácil serlo todo antes de llegar al poder. Pero *él* aquí, en mi puesto, durante dieciocho años en mi puesto, se estaría pudriendo tanto como yo. ¡Que me dé gracias a mí por conservarlo puro y limpio! ¡Que me agradezca el que yo, impidiéndole llegar a palacio, le permitía hacer un hermoso papel para la Historia! ¡Ah, qué fácil es! Siempre tiene que haber alguien ensuciándose el alma para que otros muestren sus caras limpias ante la Historia. (*Volviéndose hacia el fondo, como si le hablara a la Historia a través de una ventana inexistente. Entra suave tema musical*) ¿Me oyes, Don Rodrigo? Yo soy quien te hago a ti. ¡Soy yo quien hago tu historia! (*Sube la música dramáticamente y la escena queda totalmente a oscuras. La música sigue en creciendo por unos segundos. Luego empieza a crecer hasta que queda de fondo a la VOZ DE DON*

RODRIGO, la cual se oye, como siempre, ampliada y con efecto acústico de resonancia.)

VOZ DE DON RODRIGO—"Yo no he venido a traer la paz." Pero el que lucha por mí no es por mí por quien lucha, sino por cosas más altas. Lucharán mis hermanos por la raíz honda de la raza que manos impías quieren profanar; por la tierra dada en heredad para nutrir la raíz sagrada; por la lengua que legaron los abuelos, por la Cruz de la Redención, ¡por la libertad de la Isla! (*Sube la música en crescendo triunfal. Luego baja y empieza a desvanecerse. Se ilumina una pequeña área en la derecha. DA. ISABEL está sentada tejendo. A su derecha hay un costurero y a su izquierda otra silla. El resto del escenario permanece totalmente a oscuras. Entra ANTONIO por la derecha.*)

ANTONIO—El señor Teresias acaba de llegar.

DA. ISABEL—Que pase, que pase en seguida.

(*Sale ANTONIO. DA. ISABEL recoge su tejido y lo coloca en el costurero abierto. Por la derecha entra TERESIAS.*)

TERESIAS—Buenas tardes, mi querida Isabel.

DA. ISABEL—(*Levantándose y yendo a su encuentro*) ¡Teresias, por fin! (*Le extiende una mano que él estrecha cariñosamente*) ¡Qué difícil le está resultando al padrino visitar a sus ahijados en palacio! (*Le conduce a la izquierda y le ayuda a sentar.*)

TERESIAS—Difícil no, hijita, difícil no. Lo cierto es que he estado sumamente ocupado.

DA. ISABEL—Lo sé.

TERESIAS—(Sonriendo) ¿Lo sabes?

DA. ISABEL—(Sentándose, con un gran suspiro) ¡Ah, Teresias, este palacio es un monstruo con mil ojos!

TERESIAS—(Riendo) No necesitaba tener tantos para seguir mis pasos.

DA. ISABEL—(Tomando el tejido del costurero) Pero los tiene. Nunca lo supe hasta ahora. Y es horrible. (El la mira en silencio, se inclina y, estrechando el dorso de la mano de Da. Isabel, dice):

TERESIAS—Isabelita, ¿desconfías de mí?

DA. ISABEL—(En sincera protesta) ¡No, padrino, por Dios! Sé bien que usted nada tiene que reprocharse. Sé bien que sólo sigue los dictados de su conciencia. No, de usted no. Desconfío de los otros. (Tejiendo) Desconfío... de los que desconfían. Porque no acierto a comprender lo que tienen en sus conciencias.

TERESIAS—(Encogiéndose suavemente de hombros) Sólo cumplan con su deber.

DA. ISABEL—Triste deber. Pero no. No me refiero sólo a los que reciben un sueldo por ejercer tan ingrato oficio. Eso es lo horrible. Todos, ¿comprende usted, padrino?, todos de pronto se sienten obligados a hacer el papel de espías. Desde los más altos funcionarios del gobierno hasta los empleados más insignificantes, vienen a palacio con

una declaración temblándole en los labios. Desde los más nobles y más dignos hasta los más rastrosos y miserables. Todos. Todos por igual se han puesto de acuerdo para rebajar su dignidad y convertirse en delatores. Me van a volver loco a José.

TERESIAS—Oh, José tiene demasiado temple para dejarse influir por esas bajezas.

DA. ISABEL—Quizá. Pero las escucha. Al principio los hacía callar a tiempo. Pero ya los escucha. Y no sé cómo puede. Yo hice desconectar el teléfono de mi saloncito. Ni siquiera abro la correspondencia que viene dirigida a mí. Y cuando hay una recepción, me finjo enferma. Porque, si asisto, me muero de vergüenza oyendo lo que traen en sus bocas las mujeres de los funcionarios. ¡Ah, padrino, si usted las oyera! Mientras los maridos asedian a José, ellas vienen a vomitar todas sus negras delaciones sobre mí. ¡Qué asco! Y cuando las veo tan despreciables a pesar de su ostentación—el traje que le ha costado el sueldo del mes al marido, las joyas de relumbrón, el último peinado importado del Norte, el maquillaje a lo estrella de cine, y luego su pretendida dignidad de damas de alta alcurnia—, ¿sabe lo que me ocurre, padrino? (Levantándose) ¡Que me avergüenzo de mi condición de mujer!

TERESIAS—Tú eres de muy distinta condición...

DA. ISABEL—No sé. No sé hasta dónde pueda ser eso cierto. Uno puede a la larga dejarse arrastrar por la corriente. Y entonces es igual a las

otras. (*Yendo a él*) Tengo miedo, Teresias. Miedo por mí y por Casandra. Más por ella, claro está. Porque yo...

TERESIAS—No te avergüences de tu miedo. Está bien que tengas miedo, Isabelita. Es saludable que lo tengas. Porque ese miedo te demuestra que lo mejor de ti misma se ha salvado. Y que podrás salvar también lo mejor de tu hija. No te tortures. A seres como tú no los arrastra la corriente.

DA. ISABEL—(*Alejándose de él*) Pero la corriente me ha arrastrado hasta aquí, Teresias. Me pregunto a veces si ha valido la pena.

TERESIAS—¿Qué quieres decir?

DA. ISABEL—¿Por qué tenía que ser yo? ¿Por qué yo? (*Sonriendo con tristeza*) Recuerdo que cuando niña mi única ambición era estudiar para maestra. Lo logré. Luego mi ambición fue obtener una plaza precisamente en el campito de mi montaña. También lo logré. Descubrí de pronto que había colmado todas mis ambiciones. (*Burlándose suavemente*) Las ambiciones de una "mujer emancipada". No tenía nada más que pedirte a la vida. Tenía fe en mí misma y en mi gente. Eso era todo. Sabía que allí, en mi propia montaña, donde día a día les enseñaba el ABC a los pequeñuelos, un campesino me escogería por esposa. Él en su conuco labraría la tierra dura e ingrata y yo en mi escuehita rural seguiría abriendo surcos en la mente blanda y fértil de mis discípulos. Ésa era la felicidad a que yo tenía derecho. Nunca se me ocurrió

pedirle nada más a la vida. (*Entra suavemente música treal*) Pero un día llegaron a la montaña tres desconocidos: usted, Teresias; el padre de Alberto; y José. El poeta, el filósofo y el político. Tres hombres empeñados en la noble tarea de redimir a un pueblo. Don Rodrigo había empezado a cumplir su larga condena en el Norte. Y ustedes habían decidido que su sacrificio no fuese en vano. Más aún, al ideal de libertad política para la colonia añadían los ideales de reforma social y vida democrática para el pueblo. Por dos años habían marchado los tres por valles y montañas como Tres Magos de una nueva Epifanía, ofreciendo al pueblo los tres dones de una sabiduría milenaria: agro, pan, emancipación. Y el pueblo oía, y entendía, y con el corazón encendido de esperanza recibía los dones, y seguía a los tres desconocidos.

TERESIAS—E Isabel, la maestra rural, recibió un don más precioso que el que le ofrecían los Magos: el amor. Y en el pueblo vecino las campanas de la iglesia anunciaron la buena nueva.

DA. ISABEL—(*Intensamente emocionada se acerca a él y le pone una mano en el hombro*) Y el poeta fue el padrino. (*Sin apartar la mano del hombro de Teresias se vuelve hacia el fondo y rompe a llorar*) Ay, padrino, padrino nuestro. Dios me castiga por haber aceptado un destino que no era el mío. (*Teresias la contempla en silencio y luego, paternalmente, empieza a acariciar la mano de Da. Isabel.*)

TERESIAS—Nada ni nadie puede imponernos un destino: lo escogemos nosotros mismos. El que tú escogiste era el tuyo. Tu responsabilidad ahora es vivirlo realmente, sin vacilaciones, sin traicionarlo nunca; haciéndolo cada día más tuyo, siéndole cada día más fiel.

DA. ISABEL—Pero a veces, es imposible. A veces todo resulta tan confuso.

TERESIAS—La vida siempre es confusa. Pero tú tienes la fortaleza necesaria para vencer la confusión, tienes en ti suficiente luz para caminar a través de las sombras. Tienes fe...

DA. ISABEL—(Apartándose de él) ¡La fe! Si viera qué difícil es conservarla.

TERESIAS—¿Crees que no lo sé?

DA. ISABEL—Hace muchos años que nuestra fe estuvo prendida a la voz de Don Rodrigo. ¿Recuerda? José recogió aquella voz y la hizo suya. Y el objeto de nuestra fe no se aleró lo más mínimo. Porque nos parecía que ambas voces eran una. Pero ahora, de pronto, sabemos que hay dos voces. ¡Y una sola fe!

TERESIAS—(Levantándose) La fe siempre es una. Si intentarás dividirla, perderá su verdadera esencia: dejaría de ser fe. Las voces, en cambio, del mismo modo que se antagonizan, pueden conciliarse. He tratado de lograr una entrevista entre José y Don Rodrigo.

DA. ISABEL—(Esperanzada) ¿Qué ha dicho Don Rodrigo?

TERESIAS—Está dispuesto. Pero no vendrá a palacio.

DA. ISABEL—¿Y José?

TERESIAS—No saldrá de palacio.

DA. ISABEL—¡Dios mío! Debe haber algún medio...

TERESIAS—No, Isabel, no lo hay. (Suspirando) No hay medio capaz de vencer la soberbia y el orgullo de los hombres.

DA. ISABEL—¿Y cómo haremos? ¿Qué podemos hacer nosotros?

TERESIAS—Nada. Sólo nos queda un camino: escoger el objeto de nuestra fe. (Alzando el tono de su voz) Si las voces no se concilian, si hay dos voces, tenemos que escoger entre una u otra; ¡tenemos que ser fieles sólo a una voz! (La música que había estado de fondo sube dramáticamente y se apagan las luces quedando el escenario totalmente a oscuras. El crescendo de la música se sostiene por algunos segundos. Luego decrece para quedar de fondo a la voz de DON RODRIGO que se oye con efecto de resonancia.)

VOZ DE DON RODRIGO—(Con grandiosidad lírica) "Y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y diaron con ímpetu sobre la casa, mas no fue destruida porque estaba fundada sobre piedra" (Con apasionamiento profético) ¡Pero la casa no es ya de piedra! Porque los fariseos despreciaron la piedra nuestra y edificaron su ostentoso edificio sobre cimientos fal-

sos. Por eso yo os digo: Cuando lleguen las lluvias, cuando se desborde el torrente de los ríos, cuando soplen los vientos y den con impetu sobre la casa, ¡la casa será derribada! (Sube música en crescendo dramático. Se sostiene así durante algunos segundos. Luego decrece a medida que se ilumina una reducida área en el centro de la escena. Aparece CASANDRA sentada, leyendo. Vuelve una página y lee con atención. Interrumpe la lectura con el ceño fruncido; vuelve a leer el mismo pasaje. Pensativa cierra a medias el libro colocando un dedo entre sus páginas. Se levanta y, con el libro haciendo presión en sus labios, intensamente preocupada, da unos pasos hacia la derecha. Por la izquierda entra ALBERTO de uniforme. Se acerca lentamente y toma a CASANDRA por los hombros. Ella da un grito de terror apartándose de él.)

ALBERTO—Soy yo, Casandra. (Ella se arroja en sus brazos y oculta el rostro en el hombro de él) Perdóname. No fue mi intención... Pero, ¿qué pasa? ¡Estás temblando! ¿Te sientes mal? (Ella niega con la cabeza, el rostro siempre hundido en su hombro. El la acaricia con ternura) Vamos. Cálmate. Calma esos nervios. ¿Quieres que salgamos al jardín? (Ella mueve la cabeza negativamente. El la separa de sí y le alza el rostro) ¿Qué tal entonces si damos un paseo en auto?

CASANDRA—(Amarga) ¿En la limosina blindada? ¿Con un detective a cada lado? (Se aparta de él y da unos pasos hacia la izquierda.)

ALBERTO—(Sonriendo) Podríamos prescindir de los detectives, si te molestan.

CASANDRA—(Sin volverse) ¿Podríamos prescindir también de la limosina? ¿Podríamos usar tu pequeño auto sin capota, como lo hacíamos siempre?

ALBERTO—Mucho me temo que no. Las órdenes del Jefe de Seguridad son terminantes.

CASANDRA—¿Lo ves? Estamos presos en palacio.

ALBERTO—(Riendo) No tanto. No hay que exagerar.

CASANDRA—Naturalmente que no. Basta ajustarse a los hechos. Voy y vengo al colegio dentro de una caja de seguridad sobre ruedas. No puedo ir de compras. El Jefe de Seguridad, bajo órdenes del Jefe de Justicia, me ordena comprarlo todo por teléfono. No puedo ir al cine. Tengo que ver las películas que no me gustan en nuestra sala de proyección.

ALBERTO—Pero chiquita, si antes, cuando podías hacerlo, apenas salías del palacio.

CASANDRA—Pero es distinto. Ser libre para elegir el no hacer una cosa es muy distinto a no poderla hacer porque se la haya privado a uno de la libertad de hacerla. ¿No fue ésa una de las cosas que mi padre predicó por los campos y los pueblos de nuestra tierra?

ALBERTO—(Esforzándose por no sonreír) No exactamente en esas palabras...

CASANDRA—Es igual. La forma no importa. Pe-

ro la esencia es igual. Lo he leído aquí. (*Leyendo en la portada del libro*) "Un pueblo en marcha hacia el progreso". ¿Lo conoces? Su autor es uno de esos escritores del Norte que papá sabe pagar tan bien.

ALBERTO—(*En tono de admonición y reproche*) Casandra...

CASANDRA—Oh, Alberto mío, estoy aprendiendo mucho. Y pronto. En seis meses he tenido que recuperar dieciocho años de tiempo perdido; dieciocho años de vida en la más alta montaña de la luna. Sí, sí. Desde que la hija del gobernador dejó de ser una isleña más para convertirse en el ser privilegiado cuya seguridad es preciosa para el Estado, he abierto los ojos a un mundo que no conocía. ¿Sabes cómo debió titularse este libro, Alberto? No "Un pueblo en marcha hacia el progreso", sino, "Don José en marcha hacia el poder". ¿Y sabes otra cosa? Que algún día alguien deberá escribir la secuela de este libro. ¿Y sabes cuál será su título? ¿No lo adivinas? "Don José en lucha desesperada por mantenerse en el poder".

ALBERTO—(*Severo*) No hables así. Estás siendo injusta con tu padre.

CASANDRA—(*Al borde de las lágrimas*) El fue injusto conmigo. Y tú también. Todos. Todos los que fabricaron para mí una imagen de papá que no era la verdadera. (*Llora. ALBERTO va a ella y la estrecha entre sus brazos.*)

ALBERTO—(*Con ternura*) ¡Casandra! ¡Pobrecita mía! Sé que es doloroso. Pero... Pero no es nada extraordinario. Nos sucede a todos... en el instante mismo en que dejamos de ser niños, en ese momento decisivo en que vemos a nuestro padre como a un ser humano, como a un hombre falible, capaz de errar, de equivocarse... No. Nadie fabricó para ti una imagen de tu padre... La forjaste tú misma, como la forjamos todos... (*La conduce a la butaca*) Vamos, no llores. Precisamente hoy has dejado de ser una chiquilla. (*Le da su pañuelo para que se seque las lágrimas*) Todos pasamos por eso. Quizás... quizá te consuele conocer mi experiencia. (*Le ayuda a sentar*) ¿Quieres saberla?

CASANDRA—(*Afirma con la cabeza mientras se seca las lágrimas, luego explica*) Si no te trae malos recuerdos...

ALBERTO—(*Sonriendo con tristeza*) Oh, ya no, ya no. Han pasado tantos años. (*Pausa*) Sabes... sabes que papá, como Don José, era un hombre importante. Sin ser político influyó grandemente en la vida pública del país. Le llamaban filósofo, pero no lo era. Más bien, un pensador. Y un idealista incorregible. Vivió siempre a la altura de los ideales que predicó. Jamás claudicó. Jamás se rebajó a la más mínima concesión. Jamás transigió ni admitió componendas. Y su físico estaba a la altura de su altivez espiritual. ¿Has visto su retrato en el despacho de Don José? Así le vi siempre.



(*Sonador*) La frente ancha y noble, la mirada serena, fija en una verdad que a los demás se nos escapa: los labios firmes, enérgicos; capaces, sin embargo, de producir esa casi sonrisa que es un grito de compasión y ternura; y luego la barba ceñida enmarcando la dignidad del rostro. (*Emocionado*) Te imaginarás el pedestal que yo había forjado para un padre así. Era tan feliz. Todos lo éramos: mi madre, mis hermanos mayores. Y él también. También él parecía serlo. Hasta que un día descubrí... (*Vacila. Luego su voz suena cargada de resentimiento*) Descubrí que el hombre grande, el pensador de altura, el prócer intachable, el moralista incorruptible era del mismo barro que los demás hombres; engañaba a mi madre; como cualquier hijo de vecino tenía una querida. (*Transición, en tono menos tenso*) Hoy... hoy, claro está, puedo apreciar el hecho en su justa perspectiva. La flaqueza de la carne no tiene necesariamente que manchar lo que hay de noble en el pensamiento de un hombre. Pero entonces no podía comprenderlo. Yo tenía trece años... En aquella crisis le odí tanto que hubiera sido capaz de destruirlo, si hubiera sabido cómo. El comprendió que yo lo sabía. Y no intentó mentir ni defenderse. Me habló, me habló largamente. Me dijo en otras palabras lo que te dije hace poco: que con aquel choque doloroso la niñez quedaba atrás y empezaba para mí la vida. "Nadie — me dijo — debe vivir a imagen y semejanza de su pa-

dre. Tú tienes que forjarte tu propia imagen. No permitas que la mía haga sombra, buena o mala, sobre la tuya. El hijo, para triunfar, debe matar la sombra de su padre". Entonces no entendí del todo sus palabras. Hoy sí. (*Sonriendo con amargura*) Ahora puedo comprender por qué los hijos de los grandes hombres están condenados a ser mediocres. ¡Les sucede lo que a mí! Son incapaces de matar la sombra de sus padres.

CASANDRA—(*Conmovida, extiende una mano*) ¡Alberto!

ALBERTO—(*Sonríe, toma la mano de CASANDRA y se acerca más a ella*) ¡Pero qué importa no ser grande si se puede ser feliz!

CASANDRA—(*Besa la mano de ALBERTO y luego la estrecha contra su mejilla*) Es cierto, amor mío, no queremos ser grandes. Sólo queremos ser felices. (*Irguiéndose en su asiento*) Pero es cierto también que para serlo necesitamos ser nosotros mismos. (*Levantándose*) Alberto, no nos interesa matar las sombras de nuestros padres. Pero tenemos que alejarnos de esas sombras. Renuncia hoy mismo a tu puesto. Nos casaremos mañana. Pasado, estaremos lejos de palacio. Tú no serás ya más el hijo del filósofo, ni yo seré la hija del gobernador. Seremos sencillamente Alberto y Casandra; dos seres con derecho a una vida propia. Podrás ejercer tu carrera; serás tú mismo. No una figura nacional, pero para mí, ¡el hombre más

grande del mundo! Y para nuestros hijos. Hasta que a ellos les llegue la hora de saber...

ALBERTO—Casandra... Es un sueño demasiado hermoso.

CASANDRA—¡No es un sueño, Alberto! Es la realidad que podemos empezar a vivir hoy mismo si quieros. La realidad a la que tenemos derecho.

ALBERTO—No estoy seguro, Casandra. No sé si en verdad tengamos derecho...

CASANDRA—¿Qué quieres decir?

ALBERTO—Renunciar a mi puesto ahora es imposible. No puedo hacerlo. No puedo abandonar a tu padre en estos momentos.

CASANDRA—¿Abandonarlo? ¡Si tiene alrededor más gente de la que él mismo puede soportar!

ALBERTO—Es igual. Me necesita. Sería una deserción.

CASANDRA—Pero tú mismo dijiste...

ALBERTO—Hace seis meses. Entonces sí. Ahora, es demasiado tarde. Compréndelo.

CASANDRA—(*Volviéndole la espalda*) No puedo comprenderlo. ¡No quiero!

ALBERTO—(*Va a ella, la vuelve hacia sí, la toma por los hombros y le habla con energía*) ¡Tienes que comprender! Recuerda que hoy dejaste de ser una chiquilla. Escúchame. Entiende bien lo que te digo. Estamos viviendo una crisis y no podemos eludir nuestras responsabilidades. Lo que está ocurriendo no sólo nos afecta a nosotros, sino a todo el pueblo. (*La suelta*) ¿No sientes la ame-

naza de Don Rodrigo a todas horas, en todo momento? (*Se pasea, casi como si hablara para sí*) No sabemos en qué forma va a concretarse esa amenaza. Pero está ahí, latente...

CASANDRA—(*Nerviosa*) No ocurrirá nada. El Jefe de Seguridad exagera para sentirse importante. ¿No te das cuenta? Parece mentira que tú y papá se dejen convencer tan fácilmente. Cualquiera diría que están desecando que ocurra algo, que con tanto alarde están provocando que ocurra. ¡Pues no ocurrirá! ¡No ocurrirá nada, te digo!

ALBERTO—No es el Jefe de Seguridad quien me convence, Casandra. Es la voz de Don Rodrigo. Esa voz que parece llenarlo todo, que la sientes como algo material que va impregnando tu piel, irritándola, abrasándola. Esa voz que desde hace seis meses marillea incansable en los oídos y la conciencia del pueblo. No podemos menospreciar el poder de esa voz.

CASANDRA—(*Encogiéndose, como si sintiera una súbita corriente helada*) Alberto, no sigas.

ALBERTO—Lo siento. No es mi intención asustarte. Sólo deseo que te des cuenta de las circunstancias. Ésa es una de las razones que me impiden renunciar. Pero hay otra. Más importante aún.

CASANDRA—¿Cuál?

ALBERTO—No sé... No sé si deba hablarte de esto.

CASANDRA—Sí, Alberto, sí. Por favor. No me ocultes nada. Es mejor saber...

ALBERTO—Bien. Don José intenta hacer de la colonia un protectorado.

CASANDRA—¿Un protectorado?

ALBERTO—Tu padre está trabajando en los planes con expertos del Norte. Si esos planes se concretan, no habrá salida al futuro. Será la perpetuación del "statu quo".

CASANDRA—No entiendo.

ALBERTO—No puedo explicarte más. Es un golpe político. Un golpe desesperado de Don José para contrarrestar la influencia de Don Rodrigo. Hay que evitarlo.

CASANDRA—Hablaré con papá. Quiero saber...

ALBERTO—¡No! Se supone que yo no te haya hablando de eso. Déjeme a mí. Hay algo en Don José que se ha deteriorado, que se está deteriorando de modo lamentable. Y él lo sabe. Y lucha contra eso. Tengo que ayudarle en esa lucha. Por eso yo me siento responsable. Por lo que hay de mi padre en los ideales que Don José echó a un lado y que todavía podemos salvar. Ya ves; al fin y al cabo, soy fiel a la sombra de mi padre. No puedo evitarlo.

CASANDRA—(Después de una pausa, suavemente) No, Alberto, no puedes evitarlo. (Volviéndole la espalda, con voz rota por las lágrimas) Estamos condenados a sacrificar nuestra felicidad, ¡en aras de unas sombras que no podemos matar! (Entra música dramática, empieza a languidecer la luz

mientras ALBERTO va hacia CASANDRA, la abraza por la espalda, ella se vuelve y apoya la cabeza en el pecho de ALBERTO sollozando. Sube música y queda la escena totalmente a oscuras. El crescendo de la música se sostiene por unos segundos y luego decrece para quedar de fondo a la VOZ DE DON RODRIGO.)

VOZ DE DON RODRIGO—(Con efecto de resonancia, lírica) "¡Oh, qué angosta es la puerta y cuán estrecha la senda que conduce a la vida escogida!" (Profético y apasionado) Ríos de sangre cruzó el pueblo de Dios para alcanzar su libertad. Y la espada de los libertadores se tiñó de sangre hermana. Y su verbo tuvo también sabor de sangre. ¡Sangre de amor como bautismo de libertad para los pueblos! (Sube la música, se mantiene en crescendo por unos segundos, luego decrece para servir de fondo al sonido de un timbre de teléfono, urgente, apremiante. A la derecha se ilumina la figura de ALBERTO en el momento en que descuelga el teléfono.)

ALBERTO—Hola. Diga. (Pausa) El habla. (Pausa) ¡Cómo! ¿Cómo dice? (Pausa. Alarmado) ¿En Altamira? ¿Está seguro? (Pausa) ¿Aquí también? ¿A palacio? ¿Con ametralladoras? (Pausa. Irritado en medio de su sobresalto) ¿Pero no han podido detener ese auto? (Pausa breve) ¡Llame inmediatamente al cuartel general! Que envíen refuerzos. (Pausa breve. Impaciente) La guardia de

palacio no tiene ametralladoras. ¡Que envíen gente armada! ¡Pronto! *(Cuelga. Abre el conmutador de un pequeño aparato de intercomunicación. Habla apremiante)* Capitán de la guardia. ¡Capitán de la guardia!

Voz DEL CAPITÁN DE LA GUARDIA—*(Deformada a través de la pequeña bocina del aparato de intercomunicación)* Capitán de la guardia, a sus órdenes.

ALBERTO—Aquí, el Ayudante Militar. Aviso urgente. Un auto negro con terroristas se dirige a atacar el palacio. Refuerce la guardia de la fachada principal. Y que desalojen las oficinas. Toque la sirena de alarma. Oiga. Espere. ¡Oiga!

Voz DEL CAPITÁN DE LA GUARDIA—Oigo.

ALBERTO—Envíe dos guardias a las habitaciones superiores. Que permanezcan allí. Que no permitan salir de sus habitaciones a la esposa del gobernador y a su hija. ¿Entendido? *(Angustiado)* ¿Entendió usted?

Voz DEL CAPITÁN DE LA GUARDIA—Entendido, señor.

ALBERTO—Bien. Dese prisa *(Cierra el conmutador y abre otro en el mismo aparato)* Oficina del Gobernador. Oficina del Gobernador.

Voz DEL OFICINISTA—*(Parsimoniosa)* Oficina del Gobernador, a sus órdenes.

ALBERTO—Póngame al habla con el Secretario.  
Voz DEL OFICINISTA—*(Parsimoniosa)* ¿Quién habla, por favor?

ALBERTO—*(Irritado)* El Ayudante Militar. Póngame al habla con el Secretario. ¡Es urgente!

Voz DEL OFICINISTA—*(Más parsimoniosa, como para vengarse de la brusquedad de ALBERTO)* Un momento, por favor.

Voz DEL SECRETARIO—El Secretario del señor Gobernador, a sus órdenes. *(Empieza a oírse la sirena de alarma.)*

ALBERTO—Oígame bien. Unos terroristas intentan atacar el palacio.

Voz DEL SECRETARIO—*(Ahogada de susto)* ¿El palacio?

ALBERTO—*(Irritado)* Sí, el palacio, el palacio. Impida que Don José salga de su despacho. ¿Me oyó? Enciérrelo con llave si es preciso. Yo iré a conducirlo a lugar seguro. *(Se oyen murmullos y voces de alarma)* Espere. Al personal bajo sus órdenes que se refugie en el salón de proyección. ¿Entendido? *(Angustiado)* Pronto. Pronto. *(Cierra el conmutador)* ¡Dios Santo, danos tiempo! *(Se apaga la luz y queda el escenario completamente a oscuras. Después de un breve crescendo de murmullos y voces, éstos amanian quedando sólo el grito agudo de la sirena, que a su vez decrece para quedar de fondo a la voz de don RODRIGO.)*

Voz DE DON RODRIGO—*(Con efecto de resonancia)* Y en la hora suprema del sacrificio veo los símbolos del escudo nuestro: Leones rugientes guardando castillos seculares; reciedumbre del yu-

go sobre la fuerza mortal de las flechas vengadoras; Cruz de Jerusalén, triunfante de fanáticas cruzadas. Y el Cordeiro nveco, immaculado, reclinando su mansedumbre sobre el libro de Dios. (*Aumenta el tono profético de la voz*) Y veo la estrella blanca de la bandera sobre el triángulo azul de una trinidad inmutable: ¡Amor! ¡Vidal! ¡Muerte! (*Sube la sirena en crescendo dramático mientras empieza a iluminarse todo el escenario. Aparece la escena tal como apareció en el Acto I: Jardín y exterior del palacio. La puerta vidriera de la derecha está cerrada. La iluminación se intensifica hasta convertirse en luz del mediodía. No hay nada en la escena soleada que haga presagiar visualmente violencia o desastre. Pero sigue oyéndose el sonido perturbador de la sirena. De pronto cesa el sonido. Rompe a cantar el ruiseñor en la ceiba. Calla el ruiseñor. Se oye el canto intempestivo, anacrónico del Coqui: Co-qui. Co-qui. De súbito se oye, proviniendo de la derecha, el ruido de un auto que se acerca en "primera", a toda velocidad; un frenazo dramático y luego, fuego cerrado de ametralladoras. Al iniciarse el sonido del auto empieza a languidecer la luz de la escena, excepto un círculo de luz blanco y brillante que quedará sobre la puerta vidriera de la derecha. En medio del fragor de los disparos se oye la Voz de DON JOSÉ gritando dentro del palacio detrás de la puerta cerrada.)*

Voz de DON JOSÉ—¡A mí, guardias! Quieren matarme. ¡Asesinos! ¡Me matan! ¡Asesinos! (*Al oírse la Voz de DON JOSÉ el círculo de luz brillante ilumina la puerta cerrada de la derecha.*)

CAE RÁPIDO EL TELÓN

Voz de don José—Y ahora, que los principios del *orden* y de la *democracia* han triunfado sobre la subversión y la anarquía, me dirijo a mi pueblo. Me dirijo a ese *pueblo bueno y noble* para agradecer su actitud *serena y ecuanime* ante la revuelta provocada por un puñado de *asesinos*. Altmira, incubadora de la revuelta, ha sido ocupada por las tropas del Norte. Algunos hombres nobles y buenos de nuestro Cuerpo Político y nuestra Guardia Nacional cayeron heroicamente en defensa de la democracia. La *paz* y el *orden* vuelven a reinar en la Isla. El espíritu cristiano del pueblo se ha estremecido de horror ante la vileza del atentado. Un atentado que iba aparentemente dirigido contra *mí* y contra mi familia, pero que en realidad intentaba herir el corazón mismo de este pueblo pacífico y democrático. (*Sube de tono*) Todos han de saber, todos lo saben ya, que el responsable, el *único y verdadero* responsable de estos actos *criminales* ha sido juzgado de acuerdo con la ley —juzgado *justa y democráticamente*— y paga ahora, por su *obcecado* empeño en perturbar el *orden social*, la sentencia máxima de cadena perpetua. Quiero informarle al mundo —para que se sepa a través de mares y continentes— que en esta Isla amante de la paz y del orden, sólo hay un medio *moral y legal* de lucha política: las *urnas electorarias*. (*Dramático*) Siendo esa nuestra *realidad*, yo le garantizo al pueblo; ¡entiéndase bien lo que digo!, le garantizo al pueblo que la subver-

## ACTO II

## CUADRO PRIMERO

*Teatro a oscuras. Telón corrido. Se oye música (que no es la irreal del Primer Acto); sube y queda de fondo. Surge la Voz de don José, ampliada pero sin efecto de resonancia. La voz al principio suena serena y grave, pero a medida que se desartolla el parlamento adquiere intensidad y efectismo aunque sin perder nunca pausada dignidad y sin recurrir a los tonos agudos de la oratoria corriente. Tanto al principio como en el resto de la allocución, la voz pone especial énfasis en determinadas palabras. No es el énfasis que dictan los resabios de una retórica burda sino una sutil y bien medida carga de emoción que resulta en extremo efectiva y convincente. A ello contribuye la articulación exageradamente metódica y el casi silabeo de aquellas palabras o frases que intenta subrayar.*

sión y la anarquía, ¡no entrarán en la Isla! Y a los que conmigo comparten la noble tarea de gobierno, yo les garantizo, ¡dígannme bien!, les garantizo, que la violencia y la muerte, ¡no entrarán en palacio! (Sube la música y se descubre el telón rápidamente.)

Aparece la escena tal como apareció en el Cuadro Primero del Primer Acto, con una excepción: a la izquierda se yergue ahora una alta verja de rectos barrotes de hierro, cuya ornamentación barroca no disminula del todo el propósito utilitario al cual sirve. La parte de la valla que intercepta el camino enarenado es un portón de la misma altura que el resto de la verja. El portón está cerrado. Detrás de la verja, flanqueando el portón, se ven las espaldas de los centinelas armados, que permanecen inmóviles. La música decrece y se extingue.

Es una calurosa tarde de julio. DON JOSÉ, en mangas de camisa, ha hecho de la mesa, en la terraza circular de la derecha, un improvisado despacho. Está revisando papeles y firmando ocasionalmente. Desarrolla esa rutinaria actividad con una fiebre desacomunbrada. De vez en cuando, sin apartar la vista de los papeles, se seca el sudor de la cara y el cuello con un pañuelo estriado. En una esquina de la mesa hay una botella de whisky y vasos. En otra esquina, una botella de alcoholado abierta.

Por la izquierda, visible a través de los barrotes de hierro, se acerca TERESIAS. Los dos Centinelas, con gestos de automátatas, cruzan sus armas interceptándole el paso. TERESIAS sonríe. Con gesto pausado saca de su bolsillo una tarjeta y se la entrega a un Centinela. Este la mira y, con gesto mecánico, se la alarga al otro Centinela. El segundo lee rápidamente y ambos, con gestos automáticos, apartan las armas. TERESIAS da un paso y se enfrenta al portón cerrado. Uno de los Centinelas abre el portón. TERESIAS pasa. El otro cierra el portón y ambos Centinelas vuelven a su posición original recobrando una inmovilidad absoluta.

TERESIAS da tres pasos hacia la derecha y se detiene. Como al principio del Primer Cuadro del Acto Primero, lleva espejuelos. Se vuelve a medias y echa una intensa mirada a toda la estructura de hierro. Al fin aparta sus ojos de la verja, se quita los espejuelos y reanuda su marcha, mientras guarda los espejuelos en el bolsillo superior de la chaqueta. El ruiseñor canta en lo alto de la ceiba. TERESIAS sube de nivel del primer término a la terraza inferior y se detiene. Alza la cabeza hacia lo alto de la ceiba. Vuelve a reanudar su marcha hacia la derecha. A cada paso suyo el bastión suena golpeando las baldosas de la terraza inferior. Al llegar TERESIAS a la escalera de mármol, DON JOSÉ

alza la cabeza y le echa una ojeada, pero vuelve a enfrascarse en su tarea.

DON JOSÉ—¡Ah, Teresias! Adelante, adelante. (TERESIAS sube a la terraza circular.) Perdóname un momento. Te atiendo en seguida. Siéntate. (Continúa revisando papeles y firmandolos. TERESIAS se sienta en una silla del fondo. Echa una ojeada a la mesa revuelta y luego su mirada vaga hacia la izquierda deteniéndose al fin en la verja de hierro. DON JOSÉ alza instintivamente la vista y observa a TERESIAS. Sigue la mirada de éste hasta detenerse en la verja. Bruscamente interrumpe su labor y se pone de pie.) ¡Hace un calor del demonio! (Toma la botella de alcoholado, vierte un poco del líquido en la palma de la mano y se unta el rostro. Repite la operación y se unta alcoholado en el cuello. Deja la botella, se frota las manos y se acerca a TERESIAS extendiéndole la diestra.) ¿Qué tal? ¿Cómo estás? (TERESIAS estrecha la mano de DON JOSÉ en silencio. Éste se vuelve con rapidez a la mesa y sirve whisky. Vuelve a medias la cabeza.) ¿Un trago? (TERESIAS hace un leve gesto de rechazo con la mano.) Un calor endemoniado, te digo. (Bebe la mitad de lo que se ha servido y, con el vaso en la mano, va rápidamente al fondo y se pone a observar el mar. Sin volverse dice.) ¿Crees que habrá tormenta este año? (Sin esperar respuesta se vuelve.) Hace más de veinte años que no nos azota un ciclón. (Vacía el vaso de un trago)

Hasta las fuerzas ciegas de la naturaleza nos son propicias. ¿No te dice nada eso, visionario? (Se acerca, deja el vaso sobre la mesa, se sienta en el borde de ésta y, cruzando los brazos sobre el pecho pregunta.) ¿Y bien? (TERESIAS alza hacia DON JOSÉ su rostro sereno.) ¿Escribiste los versos para el himno? (TERESIAS sonríe a medias y se encoge de hombros. DON JOSÉ, sin cambiar de posición, se inclina un poco.) ¿Qué significa eso? ¿Una respuesta?

TERESIAS—(Suavemente, pero con convicción) ¡Estás loco! (DON JOSÉ se golpea brusca y sonoramente los muslos con las palmas de las manos; se levanta, da la vuelta por detrás de la mesa, agarra la botella de alcoholado y, con violencia casi, repite la operación de la untura del líquido en el rostro y el cuello. Mientras hace esto último habla con voz que trata de ser contenida.)

DON JOSÉ—Teresias, has elegido un mal día para poner a prueba la paciencia de un hombre. Especialmente si ese hombre ha estado trabajando desde las cinco de la mañana. Y si tiene la cabeza llena de cosas graves e importantes que afectan el futuro de su pueblo. (Coloca la botella de alcoholado sobre la mesa y apoya ambas manos en el borde de ésta. La mesa está ahora entre los dos hombres.) Vamos, poeta, sé generoso con un agobiado hombre de acción. Contesta sencillamente a una sencilla pregunta. (Siempre conteniendo la violencia en su voz.) ¿Escribiste la letra del himno?



TERESIAS—(Tranquilo) No.

DON JOSÉ—(Alzando las manos al cielo y yendo rápido hacia la puerta vidriera; con voz de trueno) ¡Ah! Pido una contestación sencilla y se me complace: "¡No!" ¡Es justo! ¡Sin duda es justo! Me dan exactamente lo que pido. (Frente a la puerta vidriera se pone las manos en la espalda, se vuelve y dice en tono de voz natural, casi amable) ¿Por qué no, Teresias?

TERESIAS—(Tranquilo) Mi pluma no está al servicio de tus caprichos.

DON JOSÉ—(Alzando el puño derecho y gritando, magníficamente amenazador) ¡Teresias! ¡Teresias!

TERESIAS—(Sonriendo) José, José. ¿Dónde está tu público? ¿A quién tratas de impresionar? (DON JOSÉ mira el puño que se le ha quedado en alto. Lo mira como si no fuera suyo. Al darse cuenta de que lo es, lo baja desconcertado) Sufrimos el calor endemoniado de una tarde de junio. Tú, según afirmas, has trabajado desde las cinco de la mañana. Estás cansado e irritable. Y, además, estás solo. El rui señor que cantaba en la ceiba huyó probablemente a tu primer grito. Nadie te escucha. Nadie te ve. Excepto yo. Y créeme, ¡soy tan pésimo espectador!

DON JOSÉ—(Acercándose desconcertado y mesándose la barba inexistente) ¿Crees...? ¿Crees que yo... actuaba?

TERESIAS—(Acentuando su sonrisa) Siéntate.

DON JOSÉ—(Apoyándose en la mesa, siempre preocupado, en voz confidencial) No, no, en serio, ¿Tú crees?

TERESIAS—No creo. Simplemente acato leyes inflexibles de la naturaleza humana. No serías buen político si no poseyeras magníficas dotes de histrión. Y no finjas que lo ignoras, porque eso sería también... parte de tu papel.

DON JOSÉ—(Se deja caer en la butaca que ocupaba originalmente y empieza a sonreír) Es curioso. Es curioso. (Su sonrisa se acentúa tanto que su mano, inconscientemente, se mueve para cubrir su boca) De verdad que es curioso. (Ríe silenciosamente, la mano apoyada en la boca, el cuerpo enorme sacudido por la risa. Al fin cruza los brazos sobre la mesa y apoya en ellos la frente. En esa posición, en que nadie puede ver su boca, ríe abierta y ruidosamente) ¡No me doy cuenta! (Alza la cabeza más calmado, aunque todavía luchando por dominar la risa) Ya ni siquiera me doy cuenta. Es la costumbre, ¿sabes? La maldita costumbre. (Se pasa la mano por la cara) ¡Ah, caramba, conque así es! (Alarga el brazo, toma la botella de whisky y se sirve) Da... (Bebe bruscamente interrumpiéndose. Luego concluye) Da un poco de vergüenza. Se... se borra el límite entre lo que uno siente y lo que pretende sentir. Es... gracioso, ¿no?

TERESIAS—Trágico.

DON JOSÉ—(Desconcertado) ¿Trágico?

TERESIAS—(*Encogiéndose de hombros*) Cuando se borra el límite entre la farsa y la vida se tiende a vivir sólo la farsa. Pero no basta entonces vivir la farsa. Se pretende, además, que otros también la vivan. (*Pausa breve, mirándole a los ojos*) Yo no puedo compartir tu farsa, José.

DON JOSÉ—(*Con voz sincera*) No, Teresias, por favor...

TERESIAS—(*Alzando la voz, casi hablando por encima de las palabras del otro*) Me sangra el corazón decir cosas que jamás creí tuvieran que ser dichas. Pero alguien tiene que decir las. José. Alguien tiene que golpear este silencio de muerte que te rodea. (*Levantándose*) Tiene que alzarse una voz. Una voz siquiera tiene que alzarse por encima de la adulación y el servilismo, por encima del temor y la cobardía, para decirte: ¡Gobernador de esta Isla, eres un farsante!

DON JOSÉ—(*Levantándose violento*) ¡Basta! ¡Basta!

TERESIAS—¡No, no basta! No basta tu violencia para hacerme callar. ¡Grita! ¡Golpéame! ¿Crees que mi voz es tan poca cosa que pueda silenciarse con tus gritos, tus amenazas, tus golpes? ¿Por quién me tomas? No soy un alto funcionario de tu gobierno. No soy un legislador de tu partido. No soy un lacayo de palacio. Soy una voz libre. ¡Libre! ¿Me oyes? (*Con súbito dolor*) Y te has atrevido, José, te has atrevido a enviarme una orden...  
DON JOSÉ—(*Silabeando la frase*) Una petición.

TERESIAS—(*Firme*) ¡Una orden! Una orden para que escriba la letra de un himno que utilizarás en esa cosa que llamas Protectorado, en esa autonomía de mentirijillas que inventas para este pueblo.

DON JOSÉ—(*Gritando*) ¡No entiendes! ¡No entiendes!

TERESIAS—(*Energico*) Entiendo que te has equivocado conmigo. (*Con tristeza*) ¡Después de tantos años, José!

DON JOSÉ—(*Dominándose*) Te equivocas. Exageras, eso es todo. Te complaces en hacer un drama absurdo de una cosa racional, lógica. ¿Es que he compuesto yo la música de ese himno? No. No es un himno improvisado a capricho. Es el himno revolucionario, el himno que surgió del pueblo hace más de cien años.

TERESIAS—El que tú cantabas en una época, el que luego empezaste a perseguir...

DON JOSÉ—(*Interrumpiéndole*) Está bien. Ya lo sé. Estaba equivocado. ¿Es que un hombre no tiene derecho a cometer errores? Pero ahora lo he adoptado como himno oficial.

TERESIAS—Se lo has robado al pueblo para tus propios fines.

DON JOSÉ—Se lo devuelvo legalizado.

TERESIAS—Un himno revolucionario sólo puede legalizarse si el pueblo alcanza los objetivos de la revolución.

DON JOSÉ—Los alcanzaremos con el Protectorado.

TERESIAS—("Pisando los talones" de las contestaciones de DON JOSÉ) El Protectorado será tu más grande farsa.

DON JOSÉ—Dejaremos de ser colonia.

TERESIAS—Sólo en apariencia.

DON JOSÉ—Tendremos una constitución propia.

TERESIAS—Limitada por el poder del Norte.

DON JOSÉ—Garantizaremos la democracia y el bienestar económico del pueblo.

TERESIAS—Garantizarás tu personal continuación en el poder.

DON JOSÉ—(*Explotando, yendo hacia la izquierda y bajando la escalera de mármol*) ¿Es que me juzgas tan miserable? ¿Es que no me concedes nada? ¿Ni siquiera el derecho a ser grande? ¿A hacer algo real y positivo por lograr la felicidad permanente de este pueblo? ¿A hacer eso que nadie ha logrado antes de mí?

TERESIAS—Te concedo la habilidad extraordinaria de político que en realidad tienes. Te concedo la astucia que poseía la zorra de las viejas fábulas. Más aún, te concedo una inteligencia y un corazón que no has sabido encauzar hacia la meta que un día tú mismo te señalaste.

DON JOSÉ—(*Sarcástico*) ¡Pero, claro, grandeza no!

TERESIAS—Es por no haber sabido ser fiel a

tu destino que no puedo concederte grandeza alguna, José. Ni te la concederá la Historia.

DON JOSÉ—(*Desde la terraza inferior*) ¿Quién eres tú, después de todo, para hablar a nombre de la Historia? (*Baja la intensidad de la iluminación general como si una nube ocultara el sol, excepto en el área donde está TERESIAS. Entra música irreal de principios del Acto I y se mantiene discretamente de fondo.*)

TERESIAS—(*Desde lo alto de la terraza circular, hablando en un tono de voz singular que no le conocíamos*) Yo soy sólo un poeta. Mi reino no es de tu mundo, José. Mi voz, ciertamente, no es la voz de la Historia. Pero está más cerca de ella que la voz de los tuyos. No me es permitido llegar a la verdad absoluta. Pero percibo realidades que están más allá de tu realidad circundante. En ello escriba mi grandeza... y mi tragedia. Cuando tú dices "¡Iré!", yo he de decir: "¡Ya he ido!" El tiempo de mi realidad está varios compases más adelante que el tiempo de la tuya. Cuando tú dices: "Veré", yo he de decir: "Ya he visto". Tu mundo y mi mundo no podrán jamás sincronizarse. ¡Y ésa es nuestra tragedia! En vano me desgarro el corazón y la voz dándoles a los tuyos el alerta de lo que encontrarán más allá de la realidad en que agonizan. En vano te torturas tú queriendo ser honesto en tu agonía, luchando desesperadamente por percibir mi voz a través de la valla de silencio que te rodea. Yo estoy condenado

a ser sólo una voz que no encuentra eco alguno en tu acción. Tú estás condenado a ser sólo una acción en el más pavoroso silencio de tu mundo. Tú, eres el Hombre, José. Yo, soy sólo el Poeta. (Se extingue la música irreal y la iluminación va adquiriendo su intensidad normal. Ambos personajes permanecen inmóviles por breves segundos. Al fin DON JOSÉ, quien escuchaba a TERESIAS con la cabeza baja, va lentamente hacia el fondo y se acerca a la baranda. TERESIAS baja la escalera. Cuando pasa junto a DON JOSÉ se acerca a él y le pone una mano en el hombro: *Ademán en que hay una mezcla de compasión, ternura y diento. Luego prosigue hacia la izquierda.* DON JOSÉ alza la cabeza, ve a TERESIAS que se aleja, llama en voz baja:.)

DON JOSÉ—Teresias... (TERESIAS prosigue su marcha hacia el portón de hierro. DON JOSÉ alza la voz, en tono casi angustioso) ¡Teresias! (TERESIAS se detiene sin volverse) ¿Qué puedo hacer para escuchar tu voz? (TERESIAS se vuelve lentamente y observa a DON JOSÉ.)

TERESIAS—No sabría decirte lo.

DON JOSÉ—¿Por qué?

TERESIAS—Porque no lo sé (Se vuelve. Va a echar a caminar, cuando su vista capta el conjunto de la verja de hierro. Se detiene mirando a los barrotes) Quizás... Quizá te ha faltado el valor. (Se vuelve a DON JOSÉ). Si. Eso es. Te ha faltado valor.

DON JOSÉ—(Señalando dramático la verja) ¿Te

referes a la protección que le doy a mi familia contra el fanatismo y el asesinato?

TERESIAS—(Tranquilo) No. No precisamente. Eso para mí es sólo... un símbolo de tu otra cobardía.

DON JOSÉ—¿Qué cobardía?

TERESIAS—La de conductor de un pueblo. (Se acerca a DON JOSÉ) Hubo un momento, José, un momento en tu historia personal, en que tuviste ante ti la grandeza que hoy anhelas y que no puedes ya alcanzar.

DON JOSÉ—(Amargo) Una vez más me desahucias para la Historia.

TERESIAS—(Sonriendo) Oh, no, José. Duermes tranquilo. Tu nombre aparecerá en los textos escolares de la Historia. A donde no llegará nunca es al libro que escriben los dioses para la inmortalidad. Y a ése precisamente es al que tú aspiras. ¿No es cierto? (Paternal) Es una aspiración legítima, José. No tienes que avergonzarte de ella. Lo que sí debiera avergonzarte un poco es no haberla realizado cuando estuvo en tu mano hacerlo. ¿Recuerdas?

DON JOSÉ—(Sacando nervioso su pitillera, tomando un cigarrillo y poniéndoselo en los labios) No... (Busca inútilmente fósforos) No sé de qué hablas.

TERESIAS—(Mientras habla saca pausadamente fósforos de su bolsillo y le enciende el cigarrillo a DON JOSÉ) Naturalmente que lo sabes. Recuerda

bien. El padre de Alberto había muerto. Sólo quedaba yo a tu lado. Era tu cuarto año en el poder. Lo más grande que en el orden económico y social has realizado en tus veinte años de gobierno, estaba ya realizado. La reforma agraria estaba en su apogeo. El pan, si no abundante, estaba al menos en todas las bocas. Sólo faltaba la tercera con signa de nuestro lema: emancipación. (DON JOSÉ *se vuelve hacia el fondo*) Era el momento. Todo nos era propicio: el impulso renovador en la conciencia del pueblo, una administración liberal en el Norte que hubiera acogido generosamente nuestra demanda, una base económica y social razonable —óyeme bien, no digo excepcional, no digo infaliblemente segura, digo sólo "razonable"— para empezar la tarea futura. Y teníamos un líder, un líder de gran corazón e inteligencia en el cual creíamos ciegamente. Pocos pueblos han reunido en determinado momento de su historia tantos factores favorables para encarar con dignidad y optimismo el camino de la libertad. Era el momento. Bastaba una palabra tuya para que aun los más acobardados y miserables te siguiesen. Bastaba una palabra tuya para que el pueblo concurriera a las urnas y votara por su libertad. Bastaba una palabra tuya para que el mundo viera el espectáculo de un país que alcanzaba su soberanía, pacífica y democráticamente; sin arrebatos románticos ni derramamientos de sangre, poniendo la emoción contenida al servicio de la razón. Era el

momento. Estabas tú frente a la Historia, cara a cara con tu destino. Y la Historia dijo: "Espero esa palabra". Y tu destino dijo: "Pronuncia la palabra". Y yo murmuré a tu oído: "En nombre del amigo muerto, di la palabra". Era sólo una palabra; una palabra corta, pequeña, humilde, sencilla: ¡la que tú no dijiste!

DON JOSÉ—(*Yendo hacia la derecha*) ¡No era el momento! Estás equivocado. Había mucha obra por hacer para el pueblo.

TERESIAS—Había más obra por hacer para ese pueblo dentro de la realidad de la emancipación. Y fue precisamente esa obra la que te acobardó. No, José, no trates de engañarte a ti mismo. Renegaste el destino que habías escogido; renegaste de lo que eras, de lo que habías querido ser. Tienes que enfrentarte hoy a la misera realidad que te pone ante los ojos tu condición de renegado: el poder perpetuo dentro de la colonia.

DON JOSÉ—(*Subiendo a la terraza circular y acercándose a la mesa*) ¡Te prohibo que pronuncies esa palabra! Ante mí, al menos. (*Se sirve whisky*) Te gusta esa palabra, ¿no es cierto? ¡Ah, sí! Te regodeas pronunciándola. (*Volviéndose bruscamente en dirección de TERESIAS*) ¿Sabes por qué? Porque en el fondo eres un espíritu colonial. No concibes la libertad sino dentro de la ilusión de una independencia absoluta. ¡Pues no hay independencia absoluta! ¡Encara tú esa realidad, poeta! ¡En el mundo actual no hay ningún país que pue-

da en verdad ser libre! (*Bebe de un trago el contenido del vaso.*)

TERESIAS—Esa realidad la encaramos tú y yo hace más de veinte años. ¿Recuerdas? La emancipación no la concebíamos como un suicidio. La soberanía nacional no la concebíamos como un aislamiento del mundo. No deseábamos morir de asfixia. Todo lo contrario. Anhelábamos precisamente que nuestro pueblo abriera todas sus puertas al mundo, en vez de mantener abierta una sola puerta al Norte. No deseábamos empujarnos sino superar nuestra pequeñez; no cerrar nuestra puerta al Norte, sino abrirnos también al Sur, al Occidente y al Oriente. Queríamos vivir y crecer dentro de la comunidad ancha del mundo. Así concebíamos la libertad: sin nacionalismos estrechos, sin egotismos provincianos; con altivez y dignidad, pero con generosidad también.

DON JOSÉ—Te digo, Teresias, que eso precisamente lo lograremos con el Protectorado.

TERESIAS—(*Golpeando fuertemente el piso con el bastón. Aunque sus palabras son casi un recordo de las de DON JOSÉ, en él suenan distintas.*) DON JOSÉ hablaba con *amargura*, casi con *cinismo*. TERESIAS habla con *la sincera indignación del que mantiene viva una fe* ¡Te prohibo que pronuncies esa palabra! Ante mí, al menos. ¡Protectorado! Te gusta esa palabra, ¿no es cierto? Ah, sí. Te regodeas pronunciándola. ¿Sabes por qué? Porque necesitas un "protector" que te garantice la se-

guridad que tú mismo no has sabido proporcionar. ¡Encara tú este hecho, hombre de acción: Los "protectores" jamás protegen a los débiles! ¡Se los tragani! (*Hace ademán de dirigirse a la izquierda.*) DA. ISABEL *entra por la puerta vidriera de la derecha a tiempo de escuchar las últimas palabras de TERESIAS.*)

DA. ISABEL—¡Teresias! No sabía que estaba usted con nosotros esta tarde. José, ¿por qué no me avisaste? (*Se adelanta, cambiando de tono*) ¿Qué ocurre? ¿Peleaban ustedes?

DON JOSÉ—(*Evasivo*) Discutíamos.

TERESIAS—Permitíamos el diálogo de nuestras sombras.

DA. ISABEL—(*Bajando los escalones, hacia la terraza inferior*) Pues yo quiero terciar en ese diálogo. Venga, suba, padrino. Siéntese. No sabe cuánto me alegra su visita.

TERESIAS—No, Isabel, tendrás que perdonarme. Pero para una tarde sofocante de julio ya he tenido bastante.

DA. ISABEL—Vamos, venga. Sólo un ratito. Yo sé que usted va a sobrevivir a ese pequeño sacrificio.

TERESIAS—No estoy muy seguro. El espíritu es endiabladamente joven. Pero el cuerpo... Dios los bendiga a ambos. (*Dereniéndola*) No, no me acompañes. (*Siavemente irónico*) Te lo agradezco, pero no es necesario. (*Señalando a la verja*) Ya hay en palacio quien haga los honores a la puerta.

(Sonriendo) Adios, Isabeliña. (Se dirige a la izquierda lo más aprisa que le permiten su edad y su cansancio. DA. ISABEL da unos pasos indecisos hacia la izquierda como si intentara seguirle, pero se detiene. TERESIAS llega a la verja y golpea con su bastón los barrotes de hierro. Un centinela abre el portón. TERESIAS sale izquierda. El centinela cierra y vuelve a recobrar su inmovilidad. DON JOSÉ se sienta en su butaca. DA. ISABEL deja escapar un suspiro, se vuelve, se dirige a la derecha y sube a la terraza circular. DON JOSÉ se pasa la mano por la nuca con gesto de cansancio. Instintivamente extiende la otra mano para alcanzar la botella de whisky. DA. ISABEL tapa la botella a tiempo que DON JOSÉ la alcanza. Suavemente la retira y la coloca lejos de él. Toma la botella de alcoholado, vierte un poco en la palma de su mano, va por detrás de DON JOSÉ y le fricciona con suavidad la nuca.)

DA. ISABEL—(Después de un intervalo) ¿Sabes que Teresias renunció a su pensión?

DON JOSÉ—¡No! ¿Quién te dijo...? ¿Desde cuándo?

DA. ISABEL—Hace meses ya. Cuando supo que habían arrestado a Don Rodrigo.

DON JOSÉ—¡Idiota! ¡Idiota! ¿Y qué hace? ¿De qué vive?

DA. ISABEL—En los periódicos le proporcionan de vez en cuando pequeñas tareas: traducciones, reseñas de libros. Un pretexto para ayudarlo. Pero

eso no le da para vivir. ¡Está pasando hambre, José!

DON JOSÉ—(Grita tapándose el rostro) ¡Dios! ¡Dios! (Se levanta bruscamente) ¿Qué se propone? ¿Vengarse?

DA. ISABEL—Teresias sería incapaz...

DON JOSÉ—¿Y por qué me humilla así? ¿Por qué quiere herirme en lo que más duele? ¡Si esto parece calculado, premeditado...! ¿No te das cuenta? Mi amigo personal, el escritor honrado con una pensión de la Asamblea... el más querido, admirado... ¡Morirse de hambre! ¡Morirse de hambre en medio de la prosperidad que yo he traído al pueblo! ¡No es ése el más diabólico plan que puede forjar quien desea desprestigiarne a mí, a mi gobierno, a mi obra toda?

DA. ISABEL—¡No sabes lo que dices! Nuestro poeta no tiene la frialdad de uno de tus peritos. Teresias sólo sigue los impulsos de su corazón.

DON JOSÉ—(Vociferando) ¿Y por qué no se me informa lo que está pasando? ¿Por qué he de ser yo el último en saber las cosas que más me importan? (Se dirige violento a la puerta vidriera) ¿Qué clase de imbeciles me rodean? ¿Quién se creen que soy? (DA. ISABEL le detiene interponiéndose entre él y la puerta.)

DA. ISABEL—(En grito de angustia) ¡No, José!

DON JOSÉ—(Luchando con ella) ¡Déjame! ¡Déjame!

DA. ISABEL—(Gritando) ¡No! ¡Pégame a mí

si eso te hace más hombre! ¡Pégame a mí! *(Las palabras de Da. ISABEL son como un mazazo para Don José. Se queda inmóvil observándola con ojos de asombro. Da. ISABEL se aparta de él ocultando el rostro entre las manos. Hay una pausa tensa. Al fin ella saca un pañuelo y se enjuga las lágrimas. Habla con voz entrecortada, tratando de dominar su emoción)* Quizás... quizá quisieron evitarte un disgusto. O quizá tuvieron miedo... miedo de tu violencia. Conociendo a Teresias sabrían que no había nada que hacer. ¿Y qué puedes hacer tú ahora? ¿Golpearlos a ellos para demostrar tu poder? Ya... ya es bastante. ¿No te parece? No necesitas recurrir a la violencia. No necesitas golpear a nadie para probarlo. *(Volviéndose a él, con voz apasionada)* ¿Por qué necesitas probar tu poder a cada instante? ¿Es que te odias tanto que quieres destruirte? ¿Es que quieres destruirnos a todos?

DON JOSÉ—*(Con voz ahogada)* ¡Isabel!

Da. ISABEL—¿No somos al fin y al cabo tus siervos? ¿Qué más quieres? ¿Qué más quieres, si tienes el poder del más absoluto tirano?

DON JOSÉ—¡No, no es cierto!

Da. ISABEL—Oh, es cierto, José, no te engañes. Tienes a tus pies a un pueblo ingenuo, agradecido, deslumbrado por el progreso y la prosperidad. Poco importa que esa prosperidad sea artificial, que dependa, no de ellos ni de ti, sino del Norte. Poco importa que en cualquier momento una crisis en el Norte o un ciclón de nuestro trópico

pueda arruinarlos. Poco importa. Son felices. Tú tenías razón. Era yo la equivocada. Tú conoces tu oficio y sabes apreciar el material con que trabajas. No se puede hacer metafísica con el pueblo. Sólo se puede hacer política. ¿No es así, José? Y luego despertar su codicia. Que vea llegar el dinero del Norte y que lo palpe momentáneamente antes de que las monedas emprendan el viaje de regreso a su lugar de origen. Que el pueblo vea ese torrente de monedas, y que luego te adore. ¡Y te adora, José! ¿Qué puedes pedir, demandar de ese pueblo que él no te conceda? Y que tengas a tu alrededor funcionarios dóciles, con almas pequeñas de cortesanos, que te sirvan. ¡Y te sirven bien, José! ¿Qué puedes pedir, demandar de esos funcionarios que ellos no te concedan? ¿A qué recurrir a los insultos y a la violencia si el más absoluto poder te lo garantiza la democracia misma? Porque nadie se atrevería a negar que gozamos de la más perfecta democracia. ¿No hay elecciones limpias para elegir al gobernante? ¿No hay libertades civiles? ¿No hay una Asamblea elegida también honradamente por el pueblo?

DON JOSÉ—¿No hay todo eso, Isabel?

Da. ISABEL—Sí, lo hay. Lo hay. Lo que ocurre, mi Joseíto, es que eres un gigante en un gobierno de enanos. Los enanos rinden sus derechos para aumentar el poder del gigante. ¿Te imaginas a un enano preocupándose por los principios cuan-



do se trata de complacer al gigante? ¿Y qué culpa tienes tú de ser gigante? ¡Ninguna! La culpa fue de los griegos que inventaron la democracia. Como ellos eran gigantes, hicieron un gobierno para gigantes. No podían pensar los muy buenazos que su invento iba a caer un día en poder de los enanos.

DON JOSÉ—Eres injusta con la gente de mi gobierno.

DA. ISABEL—¿Injusta yo? ¿No acabas tú de llamarles imbéciles? ¿No les insultas y les vejias cuando incurren en tu enojo? ¿Te atreverías a hacer tal cosa si estuvieran ellos a tu nivel, si fueran gigantes como tú? No, no puedes negarlo. Los desprecias. Y no me importa. No me importa ya nada. ¡Estoy harta de este palacio! ¡Harta de tu gobierno! ¡Harta del poder en tus manos! Muy harta, José. Muy harta de la "democracia", del bienestar del pueblo, de la cantaleta de los ideales. ¡Harta de todo! ¡No creo ya en nada!

DON JOSÉ—(*Casi suplicante*) No hables así, Isabel.

DA. ISABEL—(*Citando palabras de DON RODRIGO, con expresión casi alucinada*) "Porque los fariseos despreciaron la piedra nuestra y edificaron su ostentoso edificio sobre cimientos falsos". ¿Recuerdas?

DON JOSÉ—¡Palabras!

DA. ISABEL—Sí, palabras. Por eso, cuando llegaron las lluvias, cuando se desbordó el torrente

de los ríos, cuando soplaron los vientos y dieron con impetu sobre la casa, la casa fue derribada. (*Sonriendo a medias*) ¿Solo palabras, José?

DON JOSÉ—La casa sigue en pie.

DA. ISABEL—¿Cuál casa? La mía fue arrasada hace tiempo. Y después, hace sólo unos meses, también la de mis padres, allá en Altamira. Y la de aquel Mozo campesino que trajo la piedra para someterla a análisis. ¡Analizar la piedra! ¡Ése fue su gran pecado! ¡La piedra no debe analizarse! Y el Mozo expió su pecado sobre la roca más dura de Altamira. ¿Lo sabías, José? Su sangre cubrió la piedra de mi montaña. ¡Qué fácil es para la fuerza matar la fe de un pueblo débil!

DON JOSÉ—Pero no es cierto, Isabel. La fe del pueblo no ha muerto. Y tú... tú crees. ¡Tienes que creer!

DA. ISABEL—(*Alejándose de él, casi con dureza*) Sólo creo en un hogar común y corriente; un hogar donde haya un marido capaz de ser honesto y una hija capaz de ser feliz, capaz de gozar de la juventud y del amor. (*Amarga*) Después de conocer las alturas, sólo en eso creo.

DON JOSÉ—(*Acercándose a ella y tomándola por los hombros*) Pero lo tienes, Isabelina. Todo eso lo has tenido siempre.

DA. ISABEL—(*Acercándole distraidamente una mejilla a DON JOSÉ*) No, mi Joseito. Mi hogar ha sido una casa pública. Mi marido ha sido el gobernante. Y mi hija solloza de noche en la os-

curidad de su habitación. ¡No es feliz! *(Entra el SECRETARIO por la derecha.)*

SECRETARIO—Perdón. Conferencia telefónica para el señor Gobernador.

DON JOSÉ—*(Impaciente)* Cancelala. No estoy para nadie.

SECRETARIO—Perdóneme, pero es el Rector. Dice que los doctores del Colegio de Leyes han terminado de redactar la Constitución para el Protectorado. El señor Rector tiene dudas sobre una de las cláusulas. El cree que el Gobierno del Norte no le impartiría su aprobación.

DON JOSÉ—Está bien. Iré en seguida.

SECRETARIO—Descaba informarle además que ya arreglaron el aire acondicionado del despacho. Si quiere, le llevaré esos papeles a su escritorio.

DON JOSÉ—No, no, déjalos ahí. *(El SECRETARIO saluda y sale. DON JOSÉ se vuelve a DA. ISABEL.)*

DA. ISABEL—¡La casa del pueblo!

DON JOSÉ—*(Sonriendo, tomándole el rostro entre las manos)* No pierdas la fe, Isabeliña. Necesito mucho de tu fe. Mucho. *(La besa suavemente en los labios y sale presuroso por la derecha.)* DA. ISABEL se queda un instante mirando hacia la puerta vidriera, luego va lentamente al fondo. En la izquierda aparece ALBERTO con un cartelón doblado en sus manos. Un centinela abre el portón. ALBERTO pasa y se dirige rápidamente a la derecha. El centinela cierra y vuelve a su inmovilidad. AL-

BERTO sube a la terraza circular. Al ver a DA. ISABEL, se detiene.)

ALBERTO—¿Dónde está Don José?

DA. ISABEL—*(Desde el fondo, volviéndose a medias)* En su despacho. *(ALBERTO va presuroso al fondo.)*

ALBERTO—*(Desplegando indignado el cartelón ante DA. ISABEL)* ¡Vea esto!

DA. ISABEL—¿Qué es?

ALBERTO—Un cartelón de propaganda para el referéndum sobre el Protectorado.

DA. ISABEL—*(Con gesto impaciente)* No quiero saber nada...

ALBERTO—¡Pero es necesario que sepa! Lea eso. Lea lo que dice en letras rojas: "Si usted no vota por el Protectorado, estará contra la Democracia. Si usted no vota por el Protectorado, se hará cómplice de los subversivos."

DA. ISABEL—Si, ya lo veo.

ALBERTO—¿Y bien?

DA. ISABEL—¿Qué quieres que diga?

ALBERTO—¡Pues que es una propaganda desleal! ¡Que es indigno, sucio...!

DA. ISABEL—*(Encogiéndose de hombros)* No entienes nada. La mayoría votará por lo que José indique: la ley de la relatividad, la cuadratura del círculo, la fórmula científica para desintegrar el átomo, cualquier cosa. *(En el tono de explicar una lección elemental a un niño)* Pero, a pesar de eso, el partido en el poder tiene que hacer su propa-

ganda. ¿No lo entiendes, hijito? ¡Es la política!

ALBERTO—¡Se puede hacer política limpia! (Da. Isabel empieza a reír callada, pero convulsa, histéricamente. Es algo penoso, doloroso de observar. ALBERTO la mira estupefacto, al fin ella no puede contenerse y estalla en carcajadas) ¡Doña Isabel! ¿Qué le pasa? ¡Por favor! ¿Se siente enferma? (Mira en derredor suyo. Va a la mesa. Sirve a toda prisa whisky y vuelve al fondo) Tome. Beba un poco. Esto le hará bien. Da. ISABEL, esforzando por dominarse, rechaza con la mano. Al fin puede hablar.)

Da. ISABEL.—Gracias, Alberto. Estoy bien ya.

ALBERTO—¿Está segura?

Da. ISABEL.—Sí. Perdóname. Un poco de nervios, nada más. ¿Qué estabas diciendo?

ALBERTO—(Turbado) Oh, nada, nada. No tiene importancia.

Da. ISABEL.—Ah, sí, el cartelón. Y el referendun. ¿Crees en verdad que eso tenga importancia?

ALBERTO—(Desconcertado) Pues... En cierto modo sí. Si el pueblo vota a favor del Protectorado...

Da. ISABEL.—Que votará, no te quepa duda.

ALBERTO—Don José podrá firmar el tratado con el Norte.

Da. ISABEL.—Dalo por firmado.

ALBERTO—(En angustiada rebeldía) ¡Pero es injusto!

Da. ISABEL (Fingiendo asombro, en suave burla) ¡Injusto, Alberto!

ALBERTO—Toda la maniobra es injusta. El referendun, en primer lugar. Sólo se le da a escoger al pueblo entre la colonia y el Protectorado. Si vota por la colonia... ¡Pero naturalmente que nadie votará por la colonia! Es una trampa sucia. Se está obligando prácticamente al pueblo a votar por una sola cosa: el Protectorado.

Da. ISABEL—(Impasible) Es cierto.

ALBERTO—Y el protectorado no es otra cosa que un nuevo disfraz para la colonia.

Da. ISABEL—También es cierto.

ALBERTO—(Apasionado) ¿Y por qué este engaño? ¿Para qué esta farsa?

Da. ISABEL—(Como quien explica la cosa más natural del mundo) Para acallar nuestras conciencias. ¿No lo comprendes? Para que el pueblo se entretenga con su himno, su bandera, su constitución. Para que viva la ilusión hermosa y pueda jugar a la libertad calladamente, pacíficamente, inocentemente. (Con arranque brusco y voz terrible, señalando a la izquierda) ¡Para que no nos obligue a levantar más vallas de hierro alrededor de palacio!

ALBERTO—Si es así... Si piensa usted así, puede ayudarme. Tenemos que hacer algo, Doña Isabel. Tiene usted que ayudarme a convencerlo.

Da. ISABEL—(Maternal, no queriendo maliciar del todo en él la fe que agoniza en ella) No, Alberto,

yo no. Tú, tú, que tienes el alma joven y limpia. Tú, que aún conservas tus ideales y que eres capaz de creer, de tener fe... (Lo va conduciendo hacia la derecha) Tú sí. Ve. El está en su despacho. Ve tú. Si hay una voz que pueda llegar a lo que hay de mejor en él, esa voz es la tuya. (Empujándolo suavemente) Ve. Háblale, convéncele. (ALBERTO sale derecha. DA. ISABEL deja escapar un gesto de lástima, quizá por él, quizá por sí misma. Se vuelve lentamente. Se oye el ruido de un motor europeo, tipo deporte, que se enciende. DA. ISABEL va al fondo y se asoma a la barandilla de la terraza circular. Se oye el motor acelerando sin que aún se ponga en marcha el auto.)

DA. ISABEL.—¡Casandra! ¿Qué haces? ¡Casandra! ¿A dónde vas?

VOZ DE CASANDRA—(Proviniento del fondo, abajo) Voy a respirar aire puro, mamá. Me asfixia tu palacio.

DA. ISABEL.—¡No puedes salir en ese auto descubierto! ¡Casandra! Tiene que acompañarte alguien. Tu padre no quiere... (El auto se pone en marcha bruscamente, a gran velocidad) ¡Casandra! ¡Casandra! (El auto se aleja rápido) ¡Casandra! (DA. ISABEL se vuelve lentamente. Avanza con paso torpe como si de pronto se le viera encima un cansancio de siglos. Al pasar, se apoya en la mesa, llega hasta la butaca de Don José y se deja caer en ella. Es la primera vez que DA. ISABEL se sienta durante todo el transcurso de su presencia en este

cuadro. Por ello la acción adquiere significación de derrumbe total, definitivo. Con voz transida de amargura murmura:) ¡Mi palacio! (Se queda inmóvil, encogida, mirando los papeles en desorden sobre la mesa.) En medio del más absoluto silencio cae el

TELON

los míos correrá por la blancura del mármol. ¡Sangre inocente junto a sangre culpable! ¡Señor, Señor, piedad para los míos! ¡Aparta de mí este cuadro!

UNA GRAN VOZ—Así sacio tu hambre, Teresias. Así calmo tu sed.

TERESIAS—Mi hambre era de justicia. Mi sed, de amor. Calma sólo mi sed, Señor. Y aparta de nos Tu justicia.

UNA GRAN VOZ—Sólo por mi justicia calmaréis vuestra sed de amor.

TERESIAS—(En grito de angustia, mientras se apaga sobre él la luz rojiza) ¡Ay, amor, amor! ¡Dolor y miseria! ¡Amor! (Sube la música en crescendo dramático, luego decrece hasta extinguirse. A la derecha se ilumina una pequeña área en medio de la cual aparece Da. Isabel sentada, y a sus pies, la cabeza húmeda en la falda maternal, CASANDRA sollozando.)

DA. ISABEL—Cálmate, Casandra. Cálmate, hija. Sólo fue un sueño, una pesadilla.

CASANDRA—(Alzando la cabeza) Pero horrible, ¡horrible! Yo había cortado la ceiba del jardín con mis propias manos. La ceiba, ¿comprendes?, el más hermoso de nuestros árboles. Porque ya en sus ramas no cantaba el ruiseñor. Y a cada golpe de mi hacha sentía un dolor espantoso aquí, aquí. (Se golpea el pecho) Pero no podía detenerme. Y golpeaba más, más fuerte. Y el dolor aquí era más, más intenso.

## CUADRO SEGUNDO

Música. Teatro a oscuras. Se descorre el telón. Total oscuridad en escena. Se oye música irreal que sube. Luego decrece para quedar de fondo a UNA GRAN VOZ.

UNA GRAN VOZ—(Magníficamente ampliada) Teresias, Teresias, para ti descorro otro velo del misterio. Sólo para tus ojos me permito desgarrar las sombras. ¿Qué ves ahora en el cuadro?

TERESIAS—(En tono de salmodia de un coro trágico) ¡Ay, dolor, dolor! ¡Dolor y miseria! ¡Húndeme en las sombras, Señor! ¡Otra vez las sombras! ¡Que jamás el pan llegue a mi boca! ¡Que el corazón se me desgarte en jirones! ¡Que mis ojos estallen de llanto y mis pupilas no vean jamás el espanto de Tu justicial. Porque Tu mano, Señor, caerá sobre el palacio. ¡Ay dolor, dolor! ¡Dolor y miseria! (Aparece TERESIAS en centro, primer término, bajo un chorro de luz roja) Se ha roto el equilibrio de Tu ley inmutable. Y la sangre de

DA. ISABEL—(*Sonriendo con ternura*) Pero Casandra, no hay que hacer caso. Es un sueño absurdo. (*Tomándole las manos*) ¡Cómo podrían tus manos tan chiquitas, tan débiles, empuñar un hacha y cortar la ceiba! (*Atrayendo la cabeza de Casandra y besándola en la frente*) ¡Vamos, vamos, riete conmigo de tu pesadilla. (*Ríe suavemente*) La ceiba no ha caído. Y el ruiseñor volverá a cantar en sus ramas. Y mi Casandra no tendrá malos sueños que vengán a perturbar su alegría.

CASANDRA—Ya no hay alegría, mamá.

DA. ISABEL—¡No! (*Estrechándola contra su pecho*) ¡No digas eso, no! ¡Claro que hay alegría! A tu edad siempre hay alegría. Tiene que haberla. (*Desprendiéndola de sí para mirarla a los ojos*) ¡Oh, Casandra, la vida a tu edad es la cosa más hermosa que le puede suceder a un ser humano! ¡Vivela, vivela en toda su hermosura! No permitas que nada ni nadie estorbe tu goce de vivirla.

CASANDRA—No siento goce alguno en vivirla.

DA. ISABEL—¡Cómo puedes hablar así estando enamorada! ¿Qué ocurre? ¿Te has peleado con Alberto!

CASANDRA—No. Pero nuestro amor se asfixia entre estas paredes.

DA. ISABEL—Nadie les impide llevarlo fuera de ellas. ¿No era eso lo que Alberto quería? ¿No es eso lo que me pediste hace tiempo?

CASANDRA—¿Cuánto hace, mamá? Ya no lo re-

uerdo. Todo ha cambiado. Alberto quiso que-darse. Para salvar una sombra....

DA. ISABEL—Alberto tiene ideales.

CASANDRA—Yo no los tengo.

DA. ISABEL—(*Precipiadamente*) Si, sí los tienes. Los ideales de Alberto son tus ideales. (*Angustiada*) Casandra, Casandra, no cometas nunca el error de... (*Se detiene un instante para corregir*) No cometas el error de otras mujeres. Si quieres salvar tu amor debes mantener tu fe en el hombre que amas. Tienes que creer en él ciegamente, ¿me entiendes?, irracionalmente, con la misma fe ciega con que creemos en Dios. Cuando la razón haga caer a pedazos todo lo que tú habías creído seguro, incorruptible, admirable; cuando te veas de pronto en un mundo arrasado, desolado, tendrás el asidero de tu fe que será tu única salvación. No importa a dónde te lleve esa fe. Ella te dará fuerzas para arrostrarlo todo, todo. (*Con honda tristeza*) Si supieras, hijita, si supieras lo horrible que es compartir el destino de un hombre y descubrir de pronto que en tu alma se ha apagado la fe en ese destino. ¡No permitas nunca que eso te ocurra a ti! Para bien o para mal, cree ciegamente en el hombre que amas, aún más allá de la muerte. Alberto tiene ideales. ¡Son tus ideales, Casandra! ¡Cree en ellos! (*Abrazándola estrechamente, en grito entrecortado por las lágrimas*) ¡No pierdas tu fe, Casandra! ¡No pierdas tu fe, hijita! (*Entra música dramática. Se apaga la luz sobre*

DA. ISABEL y CASANDRA. *Teatro a oscuras. El crescendo de la música se sostiene por algunos segundos. Luego decrece y va extinguiéndose mientras se ilumina una pequeña area a la izquierda, en medio de la cual está DON JOSÉ sentado detrás de su escritorio. Entra ALBERTO por la izquierda. Viste ahora de paisano.*)

DON JOSÉ—(Alzando la vista de los papeles sobre el escritorio; de excelente humor; enfático casi) ¡Hola, Alberto! Acércate. ¿Está ya todo listo, no? Ya sé, ya sé, ¡un gran día para mí! Para el pueblo también, desde luego. Dentro de unas horas ejecutare el mandato democrático de ese pueblo noble y bueno. (ALBERTO le alargó un sobre abierto) ¿Qué es esto? Bah, no quisiera atender más asuntos hoy. ¿Es importante? Pero... veo que no llevas el uniforme. ¿Te has tomado unas horas de asueto? Bien, bien. Pero recuerda que la recepción empieza a las ocho. Y que a las nueve llegará el Comisionado del Norte para firmar el tratado. Estarás de uniforme, naturalmente. A mi derecha. ¿O será a mi izquierda? (Riendo) ¿Qué es lo que indica el protocolo? Vaya, no pongas esa cara. También yo tendré que estar enfundado en un "smoking". Sí, sí, ya sé que lo más apropiado sería un chaqué. (Castañetea los dedos) Aunque tampoco. Siendo de noche la ceremonia, me parece que lo indicado es un frac. Ah, pero eso sí que no. (Riendo) Ya el "smoking" es suficiente tortura. ¿Has visto a Casandra? Te adelanto que le ten-

go una sorpresa. (Se levanta y toma una caja que está en el extremo más apartado del escritorio) ¿Te das cuenta de que ésta será la primera recepción protocolaria a que ella asista? Pues bien, para celebrarlo le he comprado un regalo. Yo mismo, ¿eh? No me he fado de nadie. (Empieza a abrir el paquete, pero se interrumpe a menudo para accionar mientras hace el relato) He ido a la tienda de modas más exclusiva... y más cara. Sí, sí, yo mismo. ¡Ah, debiste estar allí! Si vieras qué aprietoi! La francesita que atiende el negocio por poco se cae de nalgas al verme: "Monsieur le Gouverneur!" Y yo, más asustado que ella: "¡Mademoiselle!" —a lo mejor debía decir "Madame"— naufragando en un mar de cosas fofas: velos por aquí, encajes por allá, cojines en el piso, y como si fuera poco, a punto de un síncope por los endemoniados perfumes franceses. Hasta que vino a rescatarme una señora menos asustadiza que la otra. Y más guapa. Que hablaba nuestro idioma, además. Voy a tener que salir más a menudo, Alberto. Oh, no, no me entendas mal. Quiero decir que deben acostumbarse a ver al gobernante por las calles sin sufrir un colapso. (Abriendo la caja) En fin, ¡qué diablos!, conseguí lo que quería. Mira. (Extiende sobre el escritorio una larga y hermosa capa de noche de rico terciopelo negro, forrada en su interior de lamé plateado) Una capa de noche. ¿Qué te parece? Como la recepción es en los jardines,

Cassandra podrá lucirla cuanto le plazca. Te gusta, ¿eh?

ALBERTO—Le agradecería que leyese la carta.

DON JOSÉ—(*Desconcertado*) ¿La carta? ¡Ah, sí! De modo que es una carta. Bien. Si crees que es importante... (*Dudando, casi con angustia, refiriéndose a la capa*) ¿Crees que le gustará a Cassandra? ¿No es bonita?

ALBERTO—(*Después de una breve pausa*) Sí. Un poco ostentosa, quizás.

DON JOSÉ—(*Precipitadamente*) No, no, no. La señora me dijo que era severa... muy digna... muy chic... (*Sonriendo*) En fin, ¡qué entendemos nosotros de estas cosas! Lo cierto es que ella me aseguró que cualquier mujer se sentiría dichosa con un regalo así. Y eso es lo importante. Quiero que esta noche Cassandra se sienta feliz, tan feliz como yo. (*Dobla la capa y la coloca en la caja*) Espero darle la sorpresa poco antes de que lleguen los invitados. Bueno, y vamos a ver el asunto de esa carta. No quiero detenerme mucho. Supongo que tendrás cosas que hacer antes de la recepción. ¿Dónde la puse? Ah, sí. (*Saca la carta del sobre y se sienta a leerla. Antes de comenzar, echa una ojada a la firma. Alza la cabeza sorprendido*) ¡Pero si es tuya! (*ALBERTO permanece inmóvil y silencioso.* DON JOSÉ baja la cabeza y lee. Al concluir se pasa la mano por la cara y el cuello como si se estuviera untando un alcoholado inexistente) Conque era eso. (*Agita el papel en sus manos sin*

*encontrar palabras para expresar lo que siente*) Era eso. (*Mientras sostiene la carta en una mano golpea el papel con la otra*) No es en serio, ¿verdad? (*ALBERTO no contesta*) No puede serlo. Y hoy, precisamente hoy. ¿Por qué, Alberto, por qué? (*Mira el contenido de la carta*) Sin explicaciones. Sin motivo. (*Yergue la cabeza*) No te la aceptaré. (*Alargándole la carta*) Retírala.

ALBERTO—Mi decisión es irrevocable. (*Colocando las insignias sobre la mesa*) Aquí están las insignias. He entregado mis uniformes y mi pistola al Capitán de la Guardia.

DON JOSÉ—De modo que lo tenías planeado. Planeado cuidadosamente para darme este disgusto hoy.

ALBERTO—No, señor. Si esperé hasta hoy fue porque... porque tuve la absurda esperanza de que el día de hoy no llegaría nunca.

DON JOSÉ—No te entiendo. ¿O es que te refieres...?

ALBERTO—Al tratado que usted firmará dentro de unas horas.

DON JOSÉ—Sí. Eso. Claro, debí sospecharlo. (*Pasándose la mano por la nuca*) Alberto, Alberto, estás actuando como un chiquillo. Esto... no es serio. Si tu padre viviera...

ALBERTO—Aprobaría mi actitud, sin duda.

DON JOSÉ—No, no, no. Te la reprocharía. Te diría: "Hijo mío, por encima de tus emociones están los intereses del pueblo".



ALBERTO—Si lo dijera se estaría refiriendo a emociones bastardas, no a la emoción que yo siento por el ideal que él y usted compartieron.

DON JOSÉ—(*Levantándose, se acerca a ALBERTO, en tono paternal*) Hay distintos medios de alcanzar un fin. El Protectorado es lo que más se acerca al ideal que tu padre y yo compartimos.

ALBERTO—No lo creo. Teresias no lo cree. Mi padre no lo creería.

DON JOSÉ—El pueblo lo cree.

ALBERTO—(*Brusco; brutalmente*) ¡No me venga con esa monserga demagógica! ¡Ni siquiera lo cree usted mismo!

DON JOSÉ—(*Enérgico*) Me estás faltando al respeto.

ALBERTO—Al político quizás. Al hombre no.

DON JOSÉ—El político es el hombre.

ALBERTO—Peor entonces. Para todos.

DON JOSÉ—¿Es una amenaza?

ALBERTO—¿Hay algo que pueda ser amenaza para usted?

DON JOSÉ—(*Exasperado*) ¡Cristo! ¡Estamos diciendo cosas sin sentido! ¡Estamos hablando como dos idiotas! (*Calmandose y poniendo una mano en el hombro de ALBERTO*) Vamos a ser sensatos. No hagamos frases. Dime lo que sientes. ¿Qué tienes en mi contra? ¿Cómo puedo explicarte? ¿Qué debo hacer para convencerte?

ALBERTO—Sólo hay una cosa que me convencería.

DON JOSÉ—Díla.

ALBERTO—No firme ese tratado.

DON JOSÉ—(*Apartándose de él*) No sabes lo que dices.

ALBERTO—Sé al menos que aún es tiempo. No lo firme. Usted no fue capaz de darnos la emancipación. Está bien. Otros vendrán después de usted y tendrán el valor de realizar lo que usted no pudo. Por éstos, por los que vienen después, no cierre usted el camino. No comprometa el futuro de este pueblo con ese tratado irrevocable. ¡No tiene usted derecho!

DON JOSÉ—Tengo todos los derechos.

ALBERTO—Ni usted ni nadie tiene derecho a dar un portazo definitivo a nuestras aspiraciones de libertad.

DON JOSÉ—¿Quién se propone cerrar nada? Abro precisamente una nueva puerta a nuestra libertad. Abro el camino de la libertad con protección, que es la única efectiva, la única verdadera. Trata de comprenderlo. Empezaremos nueva vida. Indultaré a Don Rodrigo. Olvidaremos rencores y resentimientos. Habrá paz y sosiego para continuar la obra.

ALBERTO—¿Qué obra? ¿La del conformismo y la reacción?

DON JOSÉ—¿Qué es eso? ¿Vas a llamarme reaccionario también?

ALBERTO—¿Qué ocurre, Don José? ¿Está tan ciego que no se da cuenta? ¿O pretende cegarnos

a todos? No es un solo ideal el que usted ha traicionado. Vuelva la mirada atrás y contemple su obra. Al cuarto año en el poder abandonó usted la reforma agraria. Al sexto, echó por tierra las medidas socialistas que beneficiaban al pueblo. A los diez años estaba ya aliado con los capitalistas poderosos que combatió desde la oposición. Hoy fomenta usted el absentismo, industrializa al país sobre bases falsas, alienta la emigración, olvida la agricultura. ¿Qué queda de su obra? ¿Es ésta la obra de un partido revolucionario? ¿A cambio de qué traicionó usted el ideal de emancipación? A cambio del poder. A cambio de garantizar su cómoda seguridad en el poder. ¡Eso es lo que tengo que reprocharle! Esa es la verdad que el pueblo no percibe. No me venga, pues, a hablar de la voluntad del pueblo expresada en las urnas. Un pueblo adormecido por la demagogia no está capacitado para expresar su voluntad, no tiene siquiera voluntad que expresar.

DON JOSÉ—¡De modo que no sólo dudas de mí, sino también del pueblo! (*Dramáticamente escandalizado*) ¡Hasta de la democracia!

ALBERTO—(*Exasperado, casi a gritos*) ¡No me hable como si yo fuese otro de los imbeciles que lo rodean! (*Dominándose*) La democracia sin principios revolucionarios es en teoría pura demagogia, y en la práctica, algo peor: pura dictadura de un mesías hipócrita. Ha sido usted precisamente

el campeón del ideal democrático, quien ha logrado hacer muy claras y muy palpables las fallas y debilidades de la democracia. Y quien se ha aprovechado hábilmente de ellas. Esa es también su obra. Y esa obra es la que quiere sellar, remachar, con la firma del tratado esta noche. Y no piensa en la Historia, no piensa en su responsabilidad, ni siquiera piensa en la dignidad del pueblo...

DON JOSÉ—(*Estallando a gritos*) ¡Al estampar mi firma en ese documento estaré elevando a este miserable, estúpido pueblo a un nivel de dignidad que jamás ha conocido! (*Pausa tensa. Ambos se miran en silencio. Uno con la espantosa conciencia de haber desnudado su alma, el otro, anonadado por el horror de contemplar un alma desnuda.*)

ALBERTO—(*Reponiéndose paulatinamente del deslumbramiento de la revelación*) ¡Ah, de modo que era eso! (*Acercándose a DON JOSÉ*) De modo que ese pueblo no tiene dignidad. De modo que durante veinte años usted ha estado halagando, mimando a un pueblo, que en el fondo desprecia. De modo que por eso se acobardó usted en el momento decisivo. ¡No tuvo confianza en su pueblo! Ese "miserable, estúpido pueblo" no era digno de libertad.

DON JOSÉ—(*Huyendo de ALBERTO*) ¡No he dicho eso!

ALBERTO—(*Iniciando el acosamiento de DON*

José) ¡Qué muchas cosas puedo comprender ahora! El énfasis desorbitado en lo económico, por ejemplo. Un pueblo sin dignidad sólo tiene un ideal: el estómago. La ecuación perfecta: panza abita, pueblo feliz. ¡Qué mucho debe habernos despreciado usted! ¡Cuánta razón tiene en llamarnos miserables! ¡Qué situación terrible la suya, Don José! Ser elevado al poder por un pueblo en el cual se cree y descubrir de pronto que ese pueblo es sólo un rebaño despreciable de seres hambrientos. ¿En qué momento ocurrió eso? ¿En qué momento se descubrió usted superior a su pueblo? ¿En qué momento dejó de ser usted uno de nosotros? No importa. Debe haber sido un momento terrible. Por eso, porque ya era un extraño empujó usted a medirnos con la tabla de valores del Norte. ¡Qué bien entiendo su paradoja! El demócrata convencido, el purista del proceso democrático, violando constantemente los principios de la verdadera democracia. ¡Era eso!

DON JOSÉ—¡Basta!

ALBERTO—No era usted. Era el pueblo. Era el "miserable pueblo" que no estaba a la altura de sus ideales.

DON JOSÉ—¡Callate!

ALBERTO—¡Qué Via Crucis para un conductor de pueblo!

DON JOSÉ—¡Basta!

ALBERTO—¡Qué calvario!

DON JOSÉ—¡Déjame! ¡Vete!

ALBERTO—Si lo único que le falta es el sacrificio final.

DON JOSÉ—(A gritos) ¡Callate!

ALBERTO—Si casi está usted pidiendo la crucifixión. (Empieza a languidecer la luz y entra música suavemente.)

DON JOSÉ—¡Vete! ¡Te he dicho que te vayas!

ALBERTO—(En tono natural) No firme el tratado, Don José. (Inicia munitis por la izquierda.)

DON JOSÉ—(A gritos; su voz suena patética, casi preñada de lágrimas) Lo firmaré. Nadie impedirá que ejecute el mandato de ese pueblo noble y bueno. Lo firmaré. ¡Lo firmaré! (Se apaga totalmente la luz y sube la música que se sostiene turbulenta por algunos segundos para luego crecer adquiriendo cierta serenidad, cierta grandiosidad religiosa y quedar así de fondo. Se empieza a iluminar una pequeña drea en el centro de la escena con luz de un ligero tinte rojizo. Aparece, bajo el chorro de luz, CASANDRA arrodillada en un reclinatorio. Este está tapizado de terciopelo rojo encendido. El reclinatorio, y por lo tanto CASANDRA, están encarrados casi tres cuartos hacia el fondo derecha, en dirección a donde habitualmente hemos visto la terraza circular (que ahora, desde luego, no se ve). La figura reclinada de CASANDRA está, desde los hombros, totalmente cubierta por la capa de noche que le ha regalado DON JOSÉ. Aunque en este instante no podemos apreciarlo, lleva bajo la capa un traje de recep-

ción color gris estilo tímica griega. La aparición de esta figura debe dar la impresión de algo estatuario o de composición pictórica. La capa está extendida formando un semicírculo perfecto sobre el piso para enmarcar artísticamente al personaje. Cada pliegue ha sido cuidadosamente dispuesto para captar el mejor efecto de la luz rojiza sobre el terciopelo negro. El peinado alto añade dignidad a la cabeza. Los ojos miran al frente (tres cuartos fondo derecha) a un nivel normal, es decir, la cabeza ni se inclina ni se alza. Las dos manos entrelazadas (no juntas con las palmas abiertas sino sencillamente entrelazadas) de las cuales cuelga un largo rosario de nácar y oro, rozan apenas la barbilla. CASANDRA reza instantes antes de la recepción. Sin embargo, su actitud de oración no debe restar altivez ni magnificencia a su figura. La música que se ha mantenido serena lo suficiente como para permitirnos captar plenamente el efecto plástico del cuadro, sube de tono. De ella surge un coro de voces masculinas.)

CORO MASCULINO—(Cantando) Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! (CASANDRA va extendiendo los brazos hacia el frente, las manos siempre entrelazadas, hasta que el rosario queda colgando paralelo a las dos columnillas del reclinatorio, la cruz de oro rozando casi (pero sin tocarlo) el piso, mientras baja lentamente la cabeza. El vo-

lumen de la música decrece para quedar de fondo a la voz de DA. ISABEL.)

VOZ DE DA. ISABEL—(Ampliada, pero entrando suave, lenta, para hacer menos perceptible la transición entre el canto y el recitado) "Cuando la razón haga caer a pedazos todo lo que tú creías seguro, incorruptible, admirable; cuando te veas de pronto en un mundo brutalmente arrasado, desolado, tendrás el asidero de tu fe, que será tu única salvación." (Sube música de transición y entra el coro de voces femeninas.)

CORO FEMENINO—(Cantando) Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! (Baja música, transición y luego queda de fondo la voz de DA. ISABEL.)

VOZ DE DA. ISABEL—"Si quieres salvar tu amor debes mantener la fe en el hombre que amas. Para bien o para mal cree en él ciegamente." (CASANDRA empieza a alzar lentamente la cabeza, las manos entrelazadas. El movimiento de su cabeza seguirá más allá de la posición original hasta que, al entrar los dos coros, su rostro esté alzado al cielo) La fe en el hombre que amas te dará fuerzas para arrostrarlo todo, todo. (Sube música de transición; entran los dos coros cantando simultáneamente.)

CORO MASCULINO y CORO FEMENINO—Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! (Entra ALBERTO por la izquierda y siguen los coros en crescendo final) Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! (La música religiosa queda de fondo y se va extin-

guiendo hasta morir totalmente cuando se inicia el diálogo. ALBERTO observa con ternura la figura arrodillada. Se acerca a ella lentamente por la derecha (derecha del actor, no de CASANDRA en su posición actual), apoya una mano en la barandilla del reclinatorio e hincó una rodilla en tierra, quedando casi de frente a CASANDRA, dando tres cuartos de su perfil derecho al público. CASANDRA baja la cabeza y le mira sin sorpresa. Sonríe con suavidad, extiende su mano derecha y le acaricia el cabello. ALBERTO toma suavemente la mano que lo acaricia y la besa. Se miran con ternura. CASANDRA se inclina hasta tocar con su frente la frente de ALBERTO. Pero no se besan. La mejilla de él resbala acariciando la mejilla de CASANDRA.)

ALBERTO—¿Por quién rezabas?

CASANDRA—Por nosotros. Por nuestro amor.

(Casi en murmullo) ALBERTO, creí que no venías.

ALBERTO—(Poniéndose de pie) No era mi intención venir. (Ayuda a CASANDRA a ponerse de pie.)

CASANDRA—¿Por qué no? Me habías prometido... ¡Pero estás sin uniforme! ¿No vas a la recepción?

ALBERTO—No.

CASANDRA—Entonces, yo tampoco iré (Tomándole de la mano intenta llevarle hacia la izquierda.) Ven. Nos quedaremos en el salóncito.

ALBERTO—Casandra, tengo algo que decirte.

CASANDRA—Ya me contarás todo lo que quieras. Ven.

ALBERTO—(Sin moverse) Vine a despedirme.

CASANDRA—(Sorprendida, soltando su mano) ¿A despedirme?

ALBERTO—He renunciado mi puesto en palacio.

CASANDRA—(Iluminándosele el rostro) ¿Has renunciado...? (Se interrumpe y corre a sus brazos) ¡Alberto, Alberto, qué alegría! Al fin te decidiste. ¡Qué felices vamos a ser! ¡Qué felices, mi amor!

ALBERTO—(Estrechándola contra sí desesperadamente) ¡Casandra, Casandra!

CASANDRA—(Sin percibir la angustia de Alberto, absorba en su dicha, hablando con la cabeza apoyada en el hombro de él) Nuestro sueño bueno al fin va a realizarse. No más pesadillas. No más sueños malos. Tú y yo, lejos de aquí, juntos para siempre. (Estrechándose más a él) ¡Qué linda es la vida, Alberto! ¡Qué felicidad quererte y estar en tus brazos!

ALBERTO—(Tratando de apartarla de sí para mirarla a la cara) No, Casandra, no me has entendido. Dije que vine a despedirme.

CASANDRA—Ya lo sé. Y me dirás: "Buenas noches, mi amor". Y me darás un beso. (Haciendo un molin de mimoso disgusto) Y no te veré hasta mañana. (Alegre) Pero pronto no habrá más mañana...

ALBERTO—(Contentándose apenas) Casandra, por favor...

CASANDRA—Sino un hoy muy nuestro que nadie podrá disputarnos.

ALBERTO—(Desprendiéndose bruscamente de ella y volviéndose hacia la derecha, quedando al lado del reclinatorio) ¡No! ¡No! ¡No entientes! No tenemos derecho a ese hoy.

CASANDRA—(Desconcertada) Alberto...

ALBERTO—¡No debí venir! (Dejándose caer de rodillas en el reclinatorio y hundiendo el rostro entre sus brazos) ¡Dios! ¡Dios! (Casandra se acerca a él por el fondo y, temerosa, le acaricia la cabeza.)

CASANDRA—Alberto... ¿Qué tienes, mi amor? ¿Qué he dicho...? (ALBERTO, siempre arrodillado, se abraza a ella desesperadamente hundiendo su cabeza en el pecho de CASANDRA.)

ALBERTO—Quise verte por última vez. No debí hacerlo. No tengo derecho. (Se empieza a oír un vals viejas. La música proviene del fondo derecha y se oye un tanto lejana. ALBERTO se yergue) ¿Oyes? Ha empezado la recepción. (Se pone de pie sin mirarla) ¿Has visto a tu padre?

CASANDRA—Sí, vino a traermé esta capa. Pero...

ALBERTO—Te dijo sí... ¿Habló algo sobre el tratado?

CASANDRA—No... Directamente no. Pero dijo que esta noche es la más importante de su vida.

ALBERTO—(Sombrio) Lo será, sin duda.

CASANDRA—Alberto, no entiendo...

ALBERTO—(Volviéndose a ella y tomándola por los hombros, en actitud que es ahora enérgica y decidida) Escúchame, Casandra. Tengo algo que pedirte. No vayas a la recepción.

CASANDRA—Ya dije que me quedaría contigo...

ALBERTO—No. Yo debo marcharme. Pero tú no saldrás al jardín. Te irás arriba a tu habitación. ¿Me lo prometes?

CASANDRA—Sí.

ALBERTO—Gracias. (Emocionado, tomándole el rostro entre sus manos) Y prométeme... que no vas a odiarme demasiado. No, no. Perdóname. No me prometas eso. Adiós. (La besa suavemente y se dirige a la izquierda.)

CASANDRA—¡Alberto! (Corre a él y lo detiene) No puedes irte así. Sin explicarme... sin decirme qué ha pasado. Hablas de un modo... No entiendo. ¡Me das miedo, Alberto!

ALBERTO—¿Crees en mí, Casandra? ¿Tienes fe en mí?

CASANDRA—(Vehemente) Sí, mi amor, sí.

ALBERTO—No me pidas que te explique ahora. Pero oye bien. No importa lo que suceda debes estar segura de mi amor. Te quiero, Casandra, te quiero más que a mi vida. ¡Recuérdalo!

CASANDRA—(Refugiándose en sus brazos, llorando) Tengo miedo, Alberto, ¡No me dejes!

ALBERTO—Es sólo... hasta mañana. (Besando-

la en la frente) "Buenas noches, mi amor". (Trata suave, pero firmemente, de desprenderse de sus brazos. Al aflojar su abrazo la mano de CASANDRA tropieza con algo que está oculto en el bolsillo izquierdo de la chaqueta de ALBERTO. El roce con el objeto sólido es como un chispazo de luz para su intuición hipersensibilizada por la emoción que acaba de experimentar).

CASANDRA—¿Qué es eso, Alberto? (El trata de detener su mano. La voz de ella sube de tono, casi un grito) ¿Qué tienes en el bolsillo? (Sin que él pueda evitarlo ella ha metido su mano en el bolsillo y saca a medias el objeto. El trata de impedirlo.)

ALBERTO—No es nada. ¡Casandra, dejá! (Ella se libra de él y mira con horror el objeto ya en su propia mano: un revólver.)

CASANDRA—¡Era esto!

ALBERTO—(Tratando de conservar su sangre fría) Es la pistola de reglamento. Iba precisamente a entregarla al Capitán de la Guardia al salir. Ten cuidado. Está cargada. (Hace ademán de tomarla.)

CASANDRA—El mismo día de tu renuncia. El día más importante en la vida de mi pa... (Se detiene horrorizada. Se lleva una mano a la boca para ahogar el grito de un) ¡No! (Echa a correr hacia la izquierda tratando de esquivar a Alberto, pero éste le intercepta el paso y trata de arrebatarle el revólver) ¡No! (Luchan cuerpo a cuerpo.)

ALBERTO—¡Casandra! Dame esa arma.

CASANDRA—(Luchando) No. No. No. (Sollozando mientras lucha) ¡Tú no! ¡Tú no! Cualquiera otro menos tú (Suena un disparo. El matiz de la luz empieza a intensificarse hasta hacerse francamente rojo. Los dos cuerpos se inmovilizan en su lucha. El llanto de CASANDRA se ha cortado bruscamente. En el fondo, derecha, sigue oyéndose el vals vienés. Al fin el cuerpo de ALBERTO empieza a troncharse lentamente. CASANDRA tiene en su mano derecha el revólver humeante y mira el cuerpo caer con ojos desorbitados de espanto. En grito que rompe el silencio de un modo terrible) ¡Alberto! (Se abalanza sobre el cuerpo a tiempo de poder sostener la cabeza antes de que toque el piso. Está ahora de rodillas, la cabeza de ALBERTO entre sus brazos. Se va sentando sobre sus talones y dejando que la cabeza de ALBERTO vaya suavemente a descansar sobre su falda mientras la mira con fijeza casi hipnótica. Sin pestañear, sin apartar su mirada de los ojos cerrados de ALBERTO, empieza a pasar sus dedos, rozando apenas, por el rostro livido. En voz ahogada) Alberto... (Atrae hacia sí el torso inerte como si quisiera acumularlo sobre su pecho. Su voz casi en susurro) Alberto... (De pronto surgen los sollozos incontentibles, mientras estrecha más el cadáver contra sí y el tono de su voz, quebrado de sollozos, se eleva en lamento que no encontrará consuelo) ¡Alberto! ¡Amor! ¡Amor! (Sube la música

del vals y se extingue la luz roja sobre CASANDRA. Teatro totalmente a oscuras. El crescendo del vals se sostiene por algunos segundos. Van uniéndose ahora a la música murmullos de voces, de risas, sonidos de una botella de champaña al destaparse, de copas que chocan. Se ilumina toda la escena mientras decrece la música hasta quedar en su justa perspectiva: proviniendo del interior al fondo derecha. La escena es la misma del cuadro primero: terrazas. El jardín y el mar, al fondo, están iluminados por la luna. La puerta vidriera de la derecha está abierta de par en par. En el interior brillantemente iluminado, se reflejan sombras de parejas que bailan. El portón de hierro de la izquierda está también abierto. No hay centinelas junto al portón. Los invitados fluyen desde más allá de la verja de hierro, a través del portón abierto, hasta el interior del palacio, a través de la puerta vidriera, y viceversa, como fondo al bullicio y, casi ahogada por éste, se percibe de vez en cuando la sempiterna voz del coqui.

Los hombres visten de "smoking" y de frac. Los más jóvenes llevan "smoking" de verano ("dinner jacket"). Las mujeres visten de gala y hacen recordar, en su mayoría, la descripción que de ellas hiciera DA. ISABEL. En la terraza circular de la derecha, de pie, está la más mitrida concentración de hombres rodeando a DON JOSÉ: los altos funcionarios de su gobierno. Son todos sor-

prendentemente jóvenes para las responsabilidades de los cargos que ocupan. Sus edades fluctúan de los treinta a los cincuenta años. Tienen apariencia de buenos burgueses; bien comidos y muy atléticos. Hombres, en fin, eficientes: peritos y técnicos limitados por sus respectivas especialidades. Triunfo no de la democracia, sino de la mesocracia. Se echa de menos en el grupo la nobleza que confiere una auténtica comprensión y sabiduría de la vida y sus problemas, o la mirada encendida por el fuego de una eterna juventud visionaria. Entre ellos descuella agigantada la figura de DON JOSÉ. No pueden menos que recordarse las palabras de DA. ISABEL: "Eres un gigante entre enanos". Y surgen inquietantes interrogaciones de orden moral: "¿Los eligió DON JOSÉ precisamente por las características que ya exhiben? ¿Fueron siempre así? ¿O fueron en un tiempo gigantes potenciales que DON JOSÉ aplasó, deformándolos, hasta convertirlos en lo que hoy son?" Ninguno de los invitados a la recepción podría contestar a estas interrogaciones.

En la terraza inferior, bajo la ceiba, está sentada DA. ISABEL. La rodea el corro de esposas de los funcionarios. No demuestra el mismo aplomo y dominio de que hace gala su marido. Se nota inquieta, incómoda, casi angustiada en el esfuerzo por parecer amable. Parejas y pequeños grupos de gente joven están dispersos en distintas áreas de la escena, especialmente en extremo de-



recha e izquierda de primer término. Algunos invitados se mueven desde detrás de la reja, cruzan el portón de la izquierda, y se dirigen a la terraza circular para entrar al salón por la puerta vidriera. Otros vienen del salón, cruzan hacia la izquierda, salen por el portón, y se les ve perderse, a través de la reja, por los terrenos del palacio. Es importante destacar esa área de la izquierda como área natural de actuación en esta escena. Una iluminación más acentuada sobre el portón abierto contribuirá a destacar su importancia. Esta área y aquella donde está Don José, en la terraza circular, serán las más intensamente iluminadas.

ANTONIO y dos criados se mueven entre los invitados, sirviendo. ANTONIO lleva una bandeja con copas de champaña; el segundo criado, una bandeja con vasos de whiskey y soda; y el tercer criado, una bandeja con "canapés" y entremeses. Al pasar ANTONIO frente al grupo de mujeres bajo la ceiba, Da. ISABEL le llama, se levanta y avanza hacia él. No es imprescindible que oigamos el diálogo. Verosimilmente no lo oirán los invitados debido al bullicio. La mímica bastará para nosotros aunque los personajes hablen realmente en escena.

Da. ISABEL.—¿No ha bajado Casandra aún?

ANTONIO.—(Moviendo la cabeza) No, señora, no la he visto. (ANTONIO se inclina y continúa hacia la izquierda Da. ISABEL preocupada mira hacia una

ventana superior de la fachada, luego se vuelve, da unos pasos hacia la izquierda y mira hacia el área más allá del portón. Desalentada, va a regresar al fondo cuando sus ojos tropiezan con una juvenil pareja que, detrás de la verja de hierro, y recostada sobre la misma, forman una estampa de íntimo coloquio amoroso. Da. ISABEL sonríe maternal. Le hace una seña a ANTONIO. Este se acerca.)

Da. ISABEL.—Llévale champaña a la pareja de enamorados. (ANTONIO sonríe, se inclina, cruza el portón y le vemos detrás de la verja, ofreciéndoles champaña a los enamorados. Estos despiertan de su sueño, toman las copas y agradecen sonriendo. ANTONIO se aleja. Los novios chocan las copas y mirándose ensimismados a los ojos, beben. Da. ISABEL sonríe y regresa al grupo de mujeres bajo la ceiba. Pero no se sienta. Unos segundos de intervalo y cesa la música. Aparece el secretario a la derecha y anuncia en voz que domina el bullicio:)

SECRETARIO.—¡El Señor Comisionado del Nor-  
te! (El SECRETARIO se aparta. Hay unos segundos de expectación durante los cuales va amainando el bullicio, aunque sin apagarse del todo. Aparece el COMISIONADO en la puerta de la izquierda. Es un hombre rubio, alto, corpulento, desgarrado y de apariencia bonachona. Su indumentaria de calle, de corte holgado, y el lazo torcido de su corbata hacen un violento contraste con la nitidez

y formalidad de la indumentaria de los nativos. No muestra estar consciente de ello. No hay en el encogimiento o timidez. Ostenta sus modales un tanto rudos (sin llegar nunca a lo ridículo o a lo grosero) con naturalidad, sin afectación alguna. Sus ojos azules, grandes e ingenuos, echan una mirada al conjunto que tiene ante sí. Sus labios sonríen, y es una sonrisa casi infantil. En extremo izquierda, primer término, una INVITADA comenta (y esta vez sí oímos el diálogo, aunque se supone que no lo oigan los que están en la raza circular de la derecha.)

UNA INVITADA—¡Dios Santo, qué fachal! (UN INVITADO, su acompañante, se encoge de hombros.)

UN INVITADO—(Irónico) ¡Pss! El puede. Después de todo es él... (La voz de DON JOSÉ, paratiendo de la derecha, ahoga para nosotros el resto de la frase.)

DON JOSÉ—(Quien se ha separado del grupo y se acerca a la puerta vidriera con la mano extendida) ¡Señor Comisionado! Bienvenido. (EL COMISIONADO estrecha la mano de DON JOSÉ desde lo alto del escalón que forma la entrada al salón, en relación al nivel de la terraza circular. Su sonrisa se hace más amplia) ¡Adelante, por favor! Adelante. (Al dirigirse ambos hacia el grupo de altos funcionarios, éstos prorrumpen en un cerrado aplauso. Algunos de los invitados en la terraza inferior aplauden cortésmente. La mayoría, sin embargo, se conforma con observar la escena. Se oye

música de un "blues". EL COMISIONADO empieza a estrechar la mano de los altos funcionarios a medida que DON JOSÉ los presenta. Vuelven a subir el murmullo y las risas, y a reanudarse el movimiento de los invitados y los criados. Adentro bailan algunas parejas. DA. ISABEL se dirige a la derecha y sube a la terraza circular. El grupo de funcionarios se abre para darle paso. DON JOSÉ presenta a su esposa al COMISIONADO. EL COMISIONADO sonríe siempre. Hay un ligero cambio de frases amables. EL COMISIONADO se vuelve a DON JOSÉ y dice algo que debe ser agudamente humorístico porque el grupo prorrumpie en carcajadas. DA. ISABEL sonríe y le hace señal al criado con la bandeja de whisky y soda. Este se acerca y ofrece bebidas al grupo. UN ALTO FUNCIONARIO se coloca entre el COMISIONADO y DON JOSÉ, alza su vaso y dice con voz que logra en parte dominar el bullicio.)

ALTO FUNCIONARIO—¡Por la eterna amistad de nuestra Isla con el Nortel (Los de la terraza circular alzan sus vasos en brindis, menos DA. ISABEL, quien no ha tomado vaso alguno. EL COMISIONADO sonríe. Todos beben. Simultáneamente, en primer término extremo izquierda. OTRA INVITADA ríe ruidosamente en medio de un pequeño grupo.)

OTRA INVITADA—(Ahogada de risa, con toda la inconsciente crueldad de quien es experta en la charla frívola) ¡En serio! Me lo dijo "Madame". El mismo, en persona. Una capa de noche. ¿Sabes de qué? ¡De lamé y terciopelo! ¡Se imaginan qué

ridiculez! Una capa de noche así para una muchacha tan poguita cosa. ¡La pobre Casandra! Creo que por eso no se ha atrevido a bajar. Parecerá... lo que es. Una campesina jugando a ser princesa. (El grupo corea sus carcajadas. A la derecha, en la terraza circular, se ha iniciado un movimiento del grupo para acercarse a la mesa y rodearla. DON JOSÉ se sienta detrás de la butaca que ha ocupado en ocasiones anteriores. A su izquierda está el COMISIONADO DEL NORTE, a su derecha DA. ISABEL. Todos permanecen de pie. DON JOSÉ mira impacientemente hacia la puerta vidriera como si dijera: "¡Esa música!" Hace señas al SECRETARIO. Este se acerca. DON JOSÉ le habla brevemente. El SECRETARIO se inclina y sale presuroso por la puerta vidriera. Segundos después cesa la música del "blues".)

DON JOSÉ—(En voz que domina los murmullos) ¡Señores...! (Desde el comienzo de la escena, es decir, desde el instante de aparecer a nuestros ojos al escenario iluminado, hasta el momento en que empieza a hablar DON JOSÉ, el juego escénico de la recepción, que ha tomado tanto espacio en explicarse debido al empeño en describir minuciosamente los detalles significativos, habrá durado sólo breves minutos en su realización. La mímica de escenas individuales y los breves trozos de diálogo deben haber fluido espontáneamente dentro de la acción general sin que en momento alguno parezca estar detenida para destacar los

primeros, excepto al aparecer el COMISIONADO, irracional que lógica y verosimilmente interrumpiría por algunos segundos la acción del conjunto. A pesar de la continuidad de la acción general que fluye y refluye desde el salón de la derecha hasta detrás de la verja de hierro de la izquierda, y a la inversa, debe haberse establecido desde el principio cierto contraste entre la "atmósfera" del grupo de funcionarios al fondo de la terraza circular (más formal, más "política" y oficialista), y la "atmósfera" de la terraza inferior (más "social", más festiva y frívola, y por ello quizá más humana también). Este contraste, que no debe hacerse burdamente obvio, adquiere relieve irónico en las dos ocasiones en que un comentario maligno o frívolo de Personajes en primer término izquierda, les ha "pisado los talones" a las palabras o acciones más serias y dramáticas de la terraza circular en la derecha. Ahora, sin embargo, al iniciar DON JOSÉ su discurso, el ambiente festivo se desvanece en la terraza inferior. La atención se empieza a concentrar en la figura del gobernador. Los invitados que estaban a la izquierda, detrás de la verja, cruzan el portón y avanzan hacia la derecha. Los personajes en primer término empiezan a moverse hacia el fondo centro o fondo derecha de la terraza inferior. Todos colocan sus vasos y copas en las bandejas. Los criados luego se retirarán de escena. Algunos de los invitados de la terraza inferior han subido a la

*terrazza circular, pero sin confundirse con el grupo de funcionarios. Otros pocos, viniendo del salón, se acomodan también en esta área sin estorbar la entrada a la puerta vidriera. DON JOSÉ, en voz no tan fuerte, ya que el ruido ha amainado bastante, repite: ¡Señores...! (Entra el SECRETARIO por la puerta vidriera trayendo en sus manos el tratado y la estilográfica de escritorio. Coloca la estilográfica sobre la mesa y entrega el tratado al COMISIONADO DEL NORTE. Luego se dirige a DON JOSÉ en voz natural que podemos oír.)*

SECRETARIO—Señor, los periodistas. Preguntan si pueden pasar.

DON JOSÉ—(Conteniendo un gesto de impaciencia) Reténlos en mi despacho. Los veré luego. (El SECRETARIO se inclina ligeramente y sale presuroso por la derecha. La luz general empieza a languidecer imperceptiblemente. Lo mismo ocurrirá con la luz brillante del interior del salón. Sólo se mantendrá en su intensidad original el área donde está DON JOSÉ. El área del portón, a la izquierda, no se apagará por completo, pero la iluminación bajará para hacerse muy discreta. Los invitados de "smoking" y frac se habrán colocado en posición tal que ahora, imperceptiblemente, puedan ir cubriendo con sus cuerpos las figuras femeninas brillantes y policromas, de modo que cuando bajen las luces hayan formado una barrera negra entre nosotros y lo que pudiera distraer nuestra atención, fija presumiblemente e i la te-

*rraza circular. Después de este movimiento, todos los invitados permanecerán en una inmovilidad total, sin importar la acción que se desarrolle junto a ellos. Conservarán siempre esa inmovilidad, los ojos fijos en el gobernante. Ahora podrá oírse con claridad, como fondo al discurso de DON JOSÉ la voz monótona del coqui. DON JOSÉ con voz grave y sobria) Distinguido señor Comisionado del Norte, compañeros apreciados de mi gobierno, amigos todos. Nos hemos reunido aquí esta noche para un acto que ha de ser de importancia trascendental en la historia de nuestro pueblo. Hubieran sido los más caros deseos de algunos de mis compañeros realizar este acto en el ámbito austero de nuestro Capitolio, donde en sesión plenaria, a los ojos del pueblo, ejecutaría yo su sabio y democrático mandato. Sin embargo, complaciendo una petición de nuestro huésped distinguido, hemos accedido a firmar el tratado en ceremonia sencilla e íntima, prescindiendo de toda pompa y todo protocolo. (Desde aquí empieza a perder DON JOSÉ el tono grave y sobrio que es característico de su oratoria. Diríase que se mueve en terreno resbaladizo y que, para disimular su falta de seguridad, se ve obligado a recurrir a trucos que son ajenos a los que suele utilizar en sus comunicaciones ordinarias con el pueblo) Ha de resaltar a los ojos de todos lo significativo de la petición del ilustre representante del Norte. Resulta conmovedor, hondamente conmovedor,*

que el gran País del Norte, en el instante mismo de demostrar su máxima generosidad, su grandeza espiritual, la realización en esta Isla de sus más entrañables principios de libertad, igualdad y fraternidad humanas, desee hacerlo sin aparatosidad ni protocolo, sin alarde ni ostentación. Yo, que en mis años juveniles pude convivir con aquel gran pueblo, conociendo a fondo su nobleza, la ausencia de prejuicios en su sociedad, su espíritu liberal y progresista, su honda generosidad y enorme comprensión para con los países menos poderosos y afortunados, no dudé nunca de que nuestras relaciones con una nación de tal grandeza, habrían de dar un día sus frutos de felicidad y bienestar para todos. Con el advenimiento del Protectorado no sólo desmiente la nación del Norte las injustas acusaciones de imperialista que viciosamente le lanzan sus enemigos, sino que el pueblo de esta Isla, ese pueblo noble y bueno, ese pueblo que yo tanto admiro porque ha sido... digno, sí, tan digno siempre a lo largo de su historia; realiza al fin a sus más caras aspiraciones. Este es, pues, un triunfo de dos pueblos *libres*, que se respetan y se aman; que *libremente*, en un plano de absoluta *igualdad y justicia*, han escogido el camino fructífero de lo que yo llamo la independencia dentro de la interdependencia. No es necesario insistir en ello. Todos estamos convencidos. Si alguna duda hubiese existido en la mente de alguien, el resultado aplastante del referéndum habría sido factor

decisivo para convencerle. Porque el referéndum es la voz del pueblo. Y la voz del pueblo es siempre sabia. (*Toma la pluma. El COMISIONADO, sonriendo siempre, coloca el documento sobre la mesa, frente a Don José; lo hojea buscando la página deseada y lo deja al fin abierto en la página en que se supone estampe su firma el gobernante. Don José habla con la pluma en la mano. La composición del grupo hace recordar vagamente la composición de algún cuadro famoso representando la firma del documento fundamental que proclama la independencia de una nación. El escenario está ya totalmente a oscuras excepto dos áreas: la de Don José, brillantemente iluminada, y el área del portón abierto que se ha mantenido iluminada discretamente. La iluminación del salón se ha extinguido por completo. La luz de la luna al fondo está ya a punto de extinguirse. Sigue oyéndose, sin que resulte perturbador, el coquí en el jardín*) Al firmar este documento no sólo estaremos garantizando la continuidad de una obra de gobierno que ha traído el más alto bienestar económico y el mayor progreso a nuestra Isla, sino que también estaremos abriendo las puertas a un grado mayor de libertad y de democracia. No sólo estaremos borrando vestigios coloniales, no sólo estaremos eliminando la angustia y la incertidumbre de nuestro pueblo por su futuro político, ahora asegurado, sino que estaremos dejando atrás odios y rencores de luchas fratricidas. (*La*

voz de Don José *adquiere ahora inflexiones de genuina emoción*) Hoy comenzamos una página blanca y limpia en nuestra historia. Como prueba de ello, siento profunda satisfacción en anunciar a ustedes una buena nueva. Esta tarde, a las cinco en punto de esta tarde, firmé otro documento que da la libertad a un compatriota nuestro. ¡Firmé esta tarde, señores, el indulto de Don Rodrigo! Yo... *(Se detiene bruscamente. Al pronunciar el nombre de Don Rodrigo ha entrado suavemente de fondo la música irreal del principio del Acto I. Simultáneamente CASANDRA ha aparecido detrás de la verja a la izquierda. El área de luz de la derecha se empieza a reducir hasta convertirse en un simple rayo que sólo ilumina la cabeza y el torso de Don José. La luz de la luna al fondo se ha extinguido por completo. Los demás personajes, inmóviles en la sombra, resultan ya invisibles para nosotros. CASANDRA avanza lentamente hasta el área de luz de la izquierda deteniéndose después de haber pasado el portón. Al llegar al centro del círculo luminoso éste aumenta la intensidad. CASANDRA luce la misma indumentaria de la escena con ALBERTO, pero su apariencia da señales del efecto de aquélla: el cabello, peinado antes cuidadosamente, está ahora semisuuelto; el rostro muestra una intensa palidez; los ojos, enrojecidos de llanto, tienen una mirada alucinada; la capa, abierta al frente, deja al descubierto pliegues de la túnica gris manchados de sangre: la mano y parte del brazo iz-*

*quierdo están también ensangrentados; el brazo derecho se mantiene oculto bajo la capa negra. En el transcurso de toda la tragedia es éste el único encuentro de Don José y CASANDRA en una misma escena. Ello deberá añadir significado especial al choque simbólico que hemos de presenciar. Don José, quien ha estado petrificado observando a CASANDRA desde su aparición, logra articular en voz apenas audible: ¡Casandra! (La música irreal sube discretamente de volumen. La voz de Don José se hace más clara aunque siempre trémula de angustia) ¡Casandra! ¡Has venido al fin!*

CASANDRA—*(En voz monótona y dura) He venido a tu celebración, padre. He venido a lucir tu capa negra en la noche más negra de mi vida. (La luz sobre CASANDRA empieza a languidecer imperceptiblemente.)*

DON JOSÉ—*La capa... No puedo verte bien. Acércate.*

CASANDRA—*Sólo mi voz llegará muy dentro de tus pupilas. Mi voz que trae a tu celebración el presente de una buena nueva. (Con voz súbitamente terrible) ¡La muerte ya entró en palacio, padre! (Se extingue la luz sobre CASANDRA.)*

DON JOSÉ—*(En grito de angustia) ¡No! (El rayo de luz sobre Don José se reduce más para iluminar exclusivamente su rostro. La escena está ahora en total oscuridad excepto el rostro iluminado del personaje. La música sigue de fondo.)*  
CASANDRA—*(Quién se ha movido un paso más*

*hacia la derecha de lo que estaba antes de reinar la oscuridad*) Si, la muerte. A pesar de las rejas y las murallas, envuelta en el dolor de nuestra noche, la he tenido en mis brazos. Y a su cuerpo ensangrentado, con mis labios, le he arrancado la voz. ¡Y su voz, es ya mi voz!

DON JOSÉ—(*Angustiado*) ¡Casandra! ¿Dónde estás?

CASANDRA—(*Terrible y solemne, contratando con el realismo de la voz de DON JOSÉ*) ¿Dónde están los ideales del padre de Alberto?

DON JOSÉ—(*Apresurado*) ¿Qué dices? El padre de Alberto murió.

CASANDRA—¿Dónde está tu lealtad a Teresias?

DON JOSÉ—(*Debaténdose prisionero del rayo de luz que cae sobre su rostro, sus ojos buscando inútilmente algo en las sombras que le rodean*) ¿Teresias? Le he aumentado la pensión. La ha rechazado. No tengo la culpa...

CASANDRA—(*Moviéndose en la oscuridad un paso más a la derecha*) ¿Qué has hecho de la felicidad de los tuyos?

DON JOSÉ—(*Su angustia va en aumento, suda copiosamente, diríase sometido a un interrogatorio bajo tormento*) Son felices. Isabelita cree en mí. A Casandra le he regalado una capa muy hermosa. Son felices...

CASANDRA—(*El mismo efecto. Se mueve en la oscuridad otro paso hacia la derecha*) ¿Qué has hecho de la emancipación de tu pueblo?

DON JOSÉ—El progreso... El Protectorado...

CASANDRA—(*Interrumpiéndole, su voz en crescendo*) ¿Dónde está el más joven, el más noble de tus amigos?

DON JOSÉ—Me ha abandonado... ¡A mí! A mí que...

CASANDRA—¡José! ¡José! ¡Devuelve lo que nos has quitado! ¡Limpia lo que has mancillado! ¡Humilla lo que has ensalzado! ¡Resucita lo que has matado!

DON JOSÉ—¿Quién me habla, Dios Santo? Esa voz... (*Cesa bruscamente la música irreal. Hay un instante de silencio, roto por la voz del coquí. Calla también el coquí. Y surge en la oscuridad la voz de CASANDRA, proveniente de ella, quien está ya en el lugar donde antes velamos la escalera de mármol que conducía a la terraza circular de la derecha.*)

CASANDRA—¡Esa voz es mi voz! ¡La voz de mi mundo arrasado por ti! La voz de tus ideales muertos, de nuestra patria entregada, de mi amor asesinado. ¡Esa voz es mi voz! (*En grito terrible*) ¡Es la voz de mi Alberto! (*Suenan tres disparos. El rostro de DON JOSÉ se crispa de dolor y la luz que lo ilumina empieza a extinguirse muy lentamente. Entra de fondo música religiosa de la escena ALBERTO-CASANDRA. La música sube de volumen y entra el coro de voces femeninas.*)

CORO FEMENINO—(*Cantando*) Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! (*Intervalo musical. La luz*

sobre el rostro de DON JOSÉ se extingue totalmente ahora. Toda la escena queda a oscuras. *Entrada del coro de voces masculinas.*

**CORO MASCULINO**—(Cantando) Dolor, dolor. Dolor y miseria. ¡Dolor! (Intervalo musical. Sigue reinando la oscuridad. Música queda de fondo a la voz de TERESIAS proviniendo de él, en primer término derecha.)

**TERESIAS**—(En tono salmódico) ¡Ay, dolor, dolor! ¡Dolor y miseria! Porque la ley de Tu universo fue violada. Y la voz de Tu justicia se derramó sobre mi pueblo. ¡Ay, dolor y miseria! Porque corrieron ríos de sangre y la casa fue derrubada. (Un débil rayo de luz azul pálido empieza a iluminar la figura de CASANDRA sobre pedestal de granito. La figura aparece donde apareció la estatua al principio del primer cuadro en el Acto I, es decir, un tanto hacia el fondo izquierda, junto a la baranda de la terraza inferior, entre el lugar que ocupó la ceiba y el que ocupó la verja de hierro. A diferencia de la escena inicial del Acto I, la figura de CASANDRA no se ha convertido aún en mármol. Aparece mostrando su perfil izquierdo, sin capa, con la túnica de corte griego flotando al aire, el brazo colgando tenso, la mano izquierda crispada en la capa que sostiene por el borde y que yace mayormente sobre la base de granito, un poco hacia atrás, como si al caminar la hubiese estado arrastrando. Lleva el cabello semisuuelto, como en la escena anterior. Su cuerpo se mantie-

Seminario Metodista  
José Emilio González  
SMJEG

de Humanidades  
UPR-RP

1306114

ne hierdítico, su mirada perdida en el misterio de la noche, el brazo derecho en alto, un poco hacia el frente, la mano abierta como sacerdotisa que derrama dones sobre la cabeza de los suyos) Y fue que la Justicia de Tu mano cayó sobre nuestro pueblo. Y el amor fue crucificado. (Un rayo tenue de luz amarilla empieza a destacar la figura de TERESIAS en primer término extremo derecha, apoyado en su bastón, contemplando a CASANDRA. *Entrada el coro de voces masculinas.*)

**CORO MASCULINO**—(Cantando) Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! (Breve intervalo musical y luego música queda de fondo a las palabras de TERESIAS.)

**VOZ DE TERESIAS**—Y sucedió. La Historia de los hombres perpetuó lo implacable de Tu fallo. ¡Por amor y por dolor Casandra es ya inmortal! (Entran simultáneamente voces del coro masculino y voces del coro femenino.)

**CORO MASCULINO Y CORO FEMENINO**—Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor! (La luz azul pálido sobre CASANDRA se ha ido haciendo más intensa. La brisa ha aumentado y agita ahora dramáticamente su cabello y su túnica. El telón cae mientras los dos coros suben a un crescendo triunfal y la luz amarilla sobre TERESIAS empieza a extinguirse) Amor, amor. Dolor y miseria. ¡Amor!

TELÓN